La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 7 de Marzo de 1892 — Núm. 532

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Busto modelado en cera, atribuído á Rafael Sanzio (Museo Wicar, en Lille.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El estreno de *Thermidor.* – Las condiciones de Sardou. – Embargo del ánimo de éste por todo cuanto embarga el ánimo de París. – Imposibilidad completa de aplicar la República del 92 en la centuria última á la República del 92 en la centuria corriente. – Observaciones críticas sobre la obra. – Su desempeño en Madrid. – *El Obstáculo*, de Daudet, traducido para la escena del Príncipe. – Casos patológicos más propios de la clínica que de la dramática. – El *Werther*, de Goethe, en música. – El *Otello* y el *Guillermo.* – Las obras inmortales siempre jóvenes. – Conclusión.

I

Mucho movimiento artístico y literario en los días últimos; por consecuencia mucho trabajo y mucha dificultad en historiarlo dentro del estrecho límite concedido por la costumbre á una revista. Comencemos por el estreno de *Thermidor*, al cual asistió la gente llamada en las antífrasis vulgares, por escasa en número, todo Madrid; comencemos por ahí, pues hase iniciado con esta literaria festividad la última quincena. En pocas partes hay autores de carácter tan universal como en Francia, y en pocas partes hay autores que huelan tanto al terruño. Víctor Hugo, por la fuerza en el pensar parecía un germano, y un español por las hipérboles grandiosas, por las comparaciones atrevidas, por las sublimidades continuas. Pero Sardou, el padre de *Thermidor*, trasciende á las aceras del boulevard parisiense, desde que se levanta el telón para dar paso á sus piezas y dicen los actores suyos las primeras frases. Así ha marrado cuando ha querido escribir dramas históricos, para los cuales no le hiciera Dios, como *Patria* ó como *Theodora*. En *Thermidor* tenéis lo señoreado del medio ambiente, constitutivo de la escena, como en *Rabagás*. Es por tanto un drama escrito para nutrir pasiones francesas. Cuando algo muy embargante domina el espíritu de París, también domina el teatro de Sardou. Las leyes del divorcio hace poco tiempo; las casas nuevas en tiempo del imperio; la fortuna inverosímil del partido gambetista, de que no quería darse cuenta ni hacerse cargo el malhumorado autor; los combates á sangre y fuego entre los demócratas rojos y los demócratas azules; estos y otros acaecimientos sociales de trascendencia, como dominaron á París largo tiempo, dominaron también á Sardou con soberano dominio, y le movieron á ponerlos en su grande campo de acción, en el teatro. Escogido con suma oportunidad *Thermidor*, puesto que allí acabaron los republicanos dogmatizantes y combatientes del Terror para que les reemplazaran los republicanos vividores y prosaicos del Directorio. Bajo este aspecto las analogías existen, y la correlación entre un período y otro no puede negarse. Pero conviene abstenerse de dar un paso adelante, porque la disparidad entre ambas situaciones comienza desde luego y, como las líneas paralelas, no podrán encontrarse jamás ni en el infinito. Querer explicar la República del noventa y dos en esta centuria por la República del noventa y dos de la centuria última, equivale á querer explicar el París de ahora por los antiguos terrenos plutónicos y glaciarios de las edades prehistóricas. En Thermidor concluyó la epoca terrorista y respiraron todos los franceses; pero concluyó porque la República también llevaba la parte mejor en sus combates con los reyes y no necesitaba esfuerzos, quizás indispensables cuando maltrataban á Francia enemigos conjurados por doquier para perderla, sin pensar que su perdición hubiera sido también la perdición de nuestra Europa, despojada por las reacciones monárquicas de todos sus derechos. Cae Sardou en el mismo error de Taine al fundar un juicio de la revolución sobre los excesos del período torrorista; error semejante al padecido por todos aquellos que sólo ven los horrores de la conquista en el descubrimiento y civilización de América, ó que juzgan del Catolicismo por las dragonadas de Luis XIV y por las expulsiones de Felipe III y por la noche de San Barlomé y por el tribunal de la Inquisición. Cuando una fase cualquiera del humano espíritu y una cualquier crisis de la historia universal resultan favorables á la obra entera del humano progreso, nadie repara en los dolores y en los holocaustos y en las inmolaciones que costara, pareciéndose las sociedades á las madres en que, pasado el parto, donde han corrido el tristísimo albur de una muerte súbita y violenta, quieren más al fruto de sus entrañas, por motivo y razón de los mismos padecimientos que les ha costado. Convencido en su interior de tal justa observación Sardou, pretende salvarla por distingos, fáciles en los análisis de la historia, dificilísimos en la síntesis del arte. Aunque separa la cizaña del trigo y los malos republicanos de los buenos, resulta la revolución presentada por su lado pésimo en las calceteras del cadalso, en las monjas cantando sus salmos por el camino á la guillotina, en el recuento de las víctimas designadas al voraz terror, en la embriaguez de sangre que se sube á la cabeza de una muchedumbre dementada, en el paso de tanta víctima entre soeces dicharachos, más repugnantes que los filos de la cuchilla y que la sombra del verdugo. Así lo interesante del drama no pasa en la escena, pasa tras la escena; el protagonista no se halla en el actor de la Comedia francesa representado por Vico, se halla en el invisible Robespierre, que todo lo determina y lo mueve á su antojo siniestro; y lo que pica nuestra curiosidad é interesa nuestro ánimo allí es la tragedia última de aquella serie de actos trágicos que constituyen el poema épico de la Convención francesa. Fabiana, la monja echada del convento por la revolución y perseguida por las calceteras, no conmueve, no, en el primer acto, por no haber hecho cosa ninguna, y cae demasiado pronto en el segundo acto á los pies de su amador para de nuevo arrepentirse á los tres minutos, así que oye la salmodia de sus hermanas en religión al cadalso conducidas por el Terror. La escena en que su novio y el cómico que lo protege, cuando ya está en prisión Fabiana para ser conducida en la carreta horrible al suplicio, quieren sustituir á ésta otra víctima, resulta por sus dimensiones demasiado larga y por su contexto y asunto demasiado inhumana. El acto último, ó sea la muerte de Fabiana, mezcla lo bufo con lo trágico al punto de anularse uno á otro. Está visto: lo que promovió tanto interés por *Thermidor* en París fué su intención política; y lo que nos da la clave del buen éxito suyo aquí en Madrid es el admirable conjunto y el magistral desempeño. No puede un drama tener director que iguale á Palencia, maestro consumado en el difícil arte de poner una obra en el teatro, como no se hallará primera actriz hoy en Europa que iguale á María Tubau, en la plenitud completa de su genio y en el cenit de su gloria.

II

Thermidor merecía ser traducido. Pero ¿lo merecen las obras por tanto traductor inexperto á roso y belloso trasladadas al teatro nuestro en una incomprensible jerga? Pregúntolo con motivo del drama de Daudet estrenado en la Comedia, *El obstáculo*, drama con puntas y ribetes de filosófico y trascendente. La tesis del atavismo lo genera como pudiese generar una disertación médica. Este problema de la herencia toma la grandeza del destino humano cuando lo tratan Sófocles en el *Edipo* y Shakespeare en el *Hámlet*. Pero al verlo tratado en Daudet, parece pésima lección de un practicante de la Salpetriere, incapacitado para digerir la ciencia profesada por mi amigo el eminente Charcot. Vamos dando en la flor de recoger por los tristes hospitales cualquier caso patológico para convertirlo en filosófica novela y llevarlo luego al teatro. Así la novela no sirve para cumplir su destino y ejercer su ministerio de recrearnos; y el teatro carece de su principal característica, de acción. En el drama de Daudet, el hijo de un loco se cree destinado por herencia ó atavismo á loco también, bajo lo cual, ni puede vivir él ni menos asociar á su vida, por tan adverso caso amenazada, la predilecta de su corazón. Pero cierto día, la madre del joven, menos pudorosa que la última gata del tejado, revélale al aprensivo cómo lo tuvo de contrabando, según decimos familiarmente ahora, ó de ganancia, según decían las crónicas antiguas con mayor pulcritud; y por ende, como no fuera su padre verdadero el padre legítimo, como lo fuera otro muy robusto, así debe curarse del mal hereditario cual de Calainos y sus coplas, viviendo feliz con su deshonor y su temperamento, con su mala madre y su buena voluntad. Dicho esto, no hay cosa ninguna que añadir ni palabra que pronunciar. Abstendrémonos de silbar por un respeto natural á nosotros mismos; pero nos iremos del teatro y juramos no volver á semejante comedia.

III

Lo primero, á que deben mirar todas las artes verdaderas y todos los géneros literarios, es á que la materia por ellos empleada en sus obras concuerde con la naturaleza y con la finalidad de todas estas. Escoger para una obra música el furor de Atila es como encerrar en los bajos relieves un ejército con infantería, caballería, guardia civil, carabineros y sus respectivos pertrechos. Argumento músico: la *Sonámbula*. Materia escultórica: la Venus de Milo y las canéforas de Atenas. Digo esto á propósito de haber puesto Massenet en música el *Werther*, de Goethe. ¿Habéis leído esta inmortal novela en cartas del poeta por excelencia germánico? Nada tan psicológico en el fondo y en la forma tan deleitoso. La vida casera y diaria y vulgar se transforma en una metafísica del corazón humano, tanto más clara cuanto menos aparece por ninguna parte á primera vista. Werther, agregado diplomático, se prenda de Carlota, prometida de un amigo suyo; Carlota corresponde; pero sentimientos de honor invencibles y compromisos de familia incontrastables impiden la satisfacción legítima de tal amor. Penetrado de tamaña imposibilidad, se pega un tiro Werther. No conozco análisis más profundo del desarrollo gradual de una pasión tan intensa como la pasión amorosa en la literatura moderna. No conozco arte superior para sacudir los objetos más vulgares y extraerles así miel de poesía como aroma de ideas. Cada carta revela un fenómeno de los cielos del alma. En asunto por tal manera ordinario como que rebane Carlota pan recién traído del horno para la merendilla de sus hermanitos ó que Werther estrene un frac verde para el baile de la Embajada, enciérrase bastante más filosofía del corazón que en muchos doctorales tratados. ¡Cuál diferencia entre tanta verdad y el énfasis oratorio de la *Nueva Eloísa*, por ejemplo! El *Werther*, el *Hermán* y *Dorotea*, la primera parte del *Fausto*, parécenme las tres obras capitalísimas del escritor, á quien adoran como Júpiter de la poesía germánica todos sus conciudadanos. Pero no se presta, no, esta pasión interior, profunda, escondida, en modo alguno á la exterioridad gráfica y al relieve armónico de la música. Tengo la seguridad completa de que Massenet se ha estrellado al anotar toda esa psicología, como Ambrosio Thomas al poner en música las altas y sublimes dudas de *Hámlet*, propias del monólogo trágico en que las ha colocado el primer genio poético de Inglaterra. Pues ahora mismo pasa que, siendo Venecia tan melodiosa como pictórica, porque los iris del color se tornan allí sartas de notas y la correspondencia entre los matices de la luz y los pentagramas de la música por todas partes aparece, la pasión de *Otelo*, cantada por tan excelsos compositores como los Verdis y los Rossinis, disuena en terribles disonancias y degenera en feroces gritos dentro de aquellas melodías celestes. Al salir de *Otelo*, caigo en que sus dos grandes intérpretes líricos en las tablas, Tamberlik y Tamagno, me han conmovido más con sus gestos y sus movimientos y sus resuellos y sus sollozos que los dos compositores geniales. Bien al revés, pero muy al revés, *Guillermo Tell*, ópera donde cantan desde las tablas del escenario hasta las bambalinas del techo. La patria, la religión, el amor, la libertad: he ahí los eternos manantiales de toda música. Por eso Rossini saca voces melodiosas del alto monte donde los pinos vibran, del celeste lago en que los arroyos desaguan, del coro de aves que vuela por los cielos, del entusiasmo que anima y enciende todos los corazones por la libertad y por la patria, siendo su obra una sinfonía pastoril de voces y un coral enorme de pueblos que compiten á una con lo mejor compuesto por el genio alemán en coros y música de cuerda sin perder sus caracteres melódicos. ¿Queréis creer que todavía dura, tras las repeticiones continuas del inmortal *Guillermo* y las victorias indudables del combatido *Tanhauser*, la disputa sobre los géneros alemán é italiano en ópera? ¿Queréis creer que aún quedan entre los críticos de música muchos empeñados en archivar la *Sonámbula* por envejecida, la *Sonámbula*, eternamente joven, porque lo inmortal no envejece, como no envejecerán la Venus de Médicis, la Galatea de Rafael y de Teócrito, la Monc Lisa de Vinci, la Concepción de Murillo, la Julietta de Shakespeare, la Beatriz del Dante, la Justina de Calderón? Ya el cielo de la vida es demasiado estrecho y en él demasiado raras las constelaciones de bellas ideas, para que vayamos á imponernos un modelo artístico literario cualquiera en boga, sin reflexión alguna, y por el instinto simio de la imitación lo adoptemos, como nos vestimos necesariamente, para diferenciarnos de los demás, en casa de un sastre á la moda, que nos ajusta por su caprichoso arbitrio al último figurín.

Madrid, 28 de febrero de 1892



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

BATALLA DE SKIERNIWIECE. — DERROTA DE LOS RUSOS Y SU RETIRADA SOBRE VARSOVIA

LUCHA EN LA FRONTERA DE GALITZIA

(De nuestro corresponsal particular.)

Skierniwiece, 18 *mayo*

¡Singular sarcasmo el de los acontecimientos! En el mes de septiembre de 1884 este fué el punto en que tuvo lugar la amistosa reunión de los emperadores de Rusia, Alemania y Austria, á quienes acompañaban sus respectivos cancilleres Bismarck, Kalnoky y Giers, y ahora el castillo donde se celebró tan ostentosamente su conferencia, donde cambiaron sus promesas de paz, se halla convertido en un montón de ruinas humeantes. ¿Quién podrá decir, después de esto, que hay estabilidad en las cosas humanas ni que es dado prever el porvenir?

Las fuerzas rusas reunidas, compuestas del 5.° y 6.° cuerpos al mando del general Gourko y del 14.° y 15.° á las órdenes del gran duque Vladimiro, han sufrido hoy una completa derrota de manos de los ejércitos alemanes combinados del Vístula y de Silesia, dirigidos por el rey de Sajonia, y se retiran ahora sobre Varsovia. Según pronostiqué en mi último telegrama, éste ha sido el Waterloo de la parte ruso-alemana de la campaña; la victoria de los alemanes ha sido brillante, gracias á los extraños efectos que la pólvora sin humo ha causado en la táctica de un enemigo que se bate mejor en masa que en detalle, no menos que al error de los rusos de provocar la guerra antes de estar completamente armados con las nuevas carabinas: las fábricas de Francia habían recibido orden de construir medio millón de éstas, pero hasta el verano de 1894 no las tendrá en su poder el ejército del czar.

En mi último parte recordé cómo el gran duque Vladimiro, á pesar de su victoria sobre el ejército alemán de Silesia en Czenstochau, había renunciado á aprovecharse de ella, teniendo en cuenta la derrota de Gourko en Alexandrovo, prefiriendo retirarse hacia Varsovia á fin de reunirse con su compañero de armas, derrotado por el rey de Sajonia.

Bastará ojear un mapa para ver que el punto de reunión en que debían encontrarse Gourko y el gran duque Vladimiro no podía ser sino Skierniwiece, donde convergen las líneas férreas desde Alexandrovo y Czenstochau, y parece que, aunque la línea de retirada del gran duque hacia el punto de reunión era la más larga de las dos, el grueso de sus fuerzas llegó primero á dicho sitio sin duda por la circunstancia de tener una doble vía férrea, mientras que Gourko ha debido avanzar como mejor ha podido por un solo camino.

El ejército alemán del Vístula, al que yo me había propuesto acompañar para ser testigo de la guerra, no tardó en reconcentrarse después de la batalla de Alexandrovo para ir en persecución de las fuerzas diseminadas de Gourko; pero se perdió un tiempo precioso en reparar puentes que los enemigos habían volado en su retirada, y aunque al fin se pudo aprovechar bastante la línea férrea para los transportes, la primera parte de la avanzada de los alemanes sobre Varsovia fué simplemente una marcha ordinaria.

En Vlokavek, punto á que llegó la vanguardia á los cinco días después de la batalla de Alexandrovo, aunque la distancia no es más que de unas treinta millas, nos molestó mucho y hasta ocasionó alguna pérdida el fuego de flanco de una batería rusa, colocada en segura posición á la orilla derecha del Vístula, y que por extraño que parezca no estaba apoyada por ningún cuerpo de infantería. El rey de Sajonia, que á pesar de sus sesenta y cuatro inviernos se halla tan vigoroso y alerta como cuando mandaba en el Mosa, resolvió imitar, aunque en mucho menor escala, el paso del Douro por Wéllington, y en su consecuencia, el tercer batallón del regimiento de Magdeburgo, al mando del mayor Von Wusterhausen, atravesó el río en la barcaza; el Vístula es aquí ancho y profundo, y gracias á la obscuridad de la noche pudo emprenderse silenciosamente la marcha; haciendo un rodeo para sorprender por retaguardia á la batería rusa. Los alemanes rompieron el fuego contra ella, con gran asombro de los moscovitas, que se preparaban ya á disparar sus cañones contra las columnas de vanguardia. Los rusos no pudieron oponer resistencia, y todos los que servían las piezas quedaron prisioneros. Por este hecho de armas el mayor obtuvo el grado de coronel y fué condecorado con la cruz de Hierro.

Este fué el principal incidente durante nuestra marcha, aunque podría llenar páginas enteras si hubiese de referir todas nuestras vicisitudes, sobre todo por las molestias que nos causaban las numerosas partidas de cosacos y dragones, que haciendo las veces de guerrillas, no perdían ocasión de hostigarnos, aunque á veces se les ahuyentaba como si fueran nubes de mosquitos.

Entretanto el telégrafo nos había tenido al corriente del movimiento de avance del ejército de Silesia por el otro lado del triángulo del que Skierniwiece es el vértice; y como era natural, hicieron un esfuerzo para reunirnos oportunamente con aquellas fuerzas á fin de impedir á los rusos atacar á nuestros dos ejércitos por separado, derrotándolos en detalle.

Cuando nuestro estado mayor hubo llegado á Lowitz, que solamente dista unas catorce millas de Skierniwiece, y apenas se alojó en el castillo que llaman de Arcadia, perteneciente á la familia Radziwill, llegó apresuradamente un oficial de húsares de Possen, que había atravesado con no poco peligro todo el país desde Lipce para entregar un parte del príncipe Jorge de Sajonia, anunciando que las fuerzas rusas combinadas, á las órdenes de Gourko y del gran duque Vladimiro, acababan de ocupar una fuerte posición defensiva detrás del torrente de Lupta (que desagua en el Bzura, un afluente del Vístula), con su ala izquierda apoyada en el pueblo de Stryzboga, la derecha en el caserío de Dromiloff y el centro en Skierniwiece. La mitad izquierda de su línea, defendida por las tropas del hermano mayor del czar, estaba formada por el mismo Lupta, mientras que la mitad derecha separábase de aquella corriente formando un ángulo de veinticinco grados. El príncipe Jorge de Sajonia invitó, en vista de ello, á su real hermano á atacar al general Gourko al día siguiente con toda la energía posible, mientras él asaltaría simultáneamente la posición del gran duque Vladimiro; proposición que el rey Alberto aceptó después de una breve consulta.

En su consecuencia, dos horas antes de amanecer, todas las tropas se ponían en movimiento hacia las diversas posiciones que se les habían designado. El tercer cuerpo (Brandenburgo) con la 8.ª división quedaron como reserva, y dos divisiones de caballería recibieron orden de vigilar nuestra izquierda mientras se desplegaba la infantería. Entre nosotros y el enemigo el terreno era bastante ondulado, y frente á Skierniwiece formaba una ligera pendiente, en cuya parte superior extendíase el inmenso parque del castillo que sirvió de punto de reunión á los tres emperadores. Este era el centro de la posición rusa, y la batalla comenzó con el fuego de artillería en esa dirección.

Durante unas dos horas la lucha se redujo al duelo de la artillería de largo alcance, y aunque la de los rusos estaba situada más ventajosamente, érale difícil dirigir bien sus tiros y reconocer la exacta posición de nuestros cañones. Por otra parte, después de haber sido rechazadas las avanzadas rusas, un batallón del tercer cuerpo, que había conseguido situarse en una hondonada más allá de nuestras baterías y á unos tres mil metros de los rusos, rompió un fuego mortífero contra ellas. Con ayuda de los anteojos veíamos caer los artilleros detrás de sus piezas, lo cual nos hizo reconocer cuán exacta era la observación del emperador alemán al decir que los cañones no podrían ser de gran utilidad en el campo mientras su alcance no fuera mayor que el de las carabinas modernas.

Para aprovechar mejor el efecto producido por aquel fuego combinado de artillería y fusilería se dispuso que una numerosa fuerza de infantería avanzara contra el centro del enemigo en son de ataque; y muy pronto se observó que este movimiento simulado inducía al enemigo á concentrar mayores fuerzas en los bosques de Skierniwiece.

Mientras se efectuaba esta concentración ocurrió un incidente que nos asombró un poco al principio: fué la repentina salida del bosque de fuerzas que nos parecieron varios escuadrones de caballería que avanzaban directamente hacia nuestras líneas y llegaron hasta la hondonada ocupada por el batallón de que hablé antes, que tantas pérdidas había ocasionado á la artillería rusa. En su consecuencia, mientras se

cargaban nuestros cañones con metralla dióse orden á los húsares de Stendal, situados en una depresión del terreno, de que se prepararan para rechazar á los atrevidos jinetes; mas no fué necesario, pues cuando estuvieron ya cerca lo que tomábamos por caballos rusos, vimos que era una manada de magníficos ciervos, ahuyentados de su verde retiro en el bosque de Skierniwiece por el infernal estrépito del fuego.

Entretanto habíase conseguido nuestro verdadero objeto, que era atacar el flanco derecho de los rusos; pero apenas podría esperarse, ni de mí ni de ningún otro testigo ocular, que detallara los incidentes y el curso general de una batalla que se extendió en una línea de más de seis millas. Aun tratándose de combates como el de Koniggratz y Sedán, sería dado hacer una bonita descripción general por razón del humo de la pólvora que indica las posiciones de amigos y enemigos y las alternativas de la lucha; mas ahora que la ciencia ha despojado á la guerra de uno de sus más pintorescos efectos, la moderna batalla durante el día es un espectáculo muy confuso. Se oye el estampido del cañón y el estruendo de la fusilería; pero no se ve el relampagueo de las armas.

Naturalmente, esto debe ejercer un efecto desmoralizador en todos los soldados; y cuando Blücher dijo en Ligni: «A mis hombres les gusta ver al enemigo,» no hizo más que expresar el rasgo característico de los soldados de la mayoría de las naciones. Sin embargo, por lo que pude observar, la infantería alemana no se desconcertó tanto como la rusa por estos invisibles terrores de la guerra moderna: los moscovitas son verdaderos diablos cuando se baten en masa, pero pierden su moral y su resistencia cuando cada hombre debe confiar en su propia inteligencia, su iniciativa y su valor individual. A decir verdad, creímos observar señales de pánico entre los soldados del czar; y en una ocasión por lo menos vi distintamente á un oficial sacar su revólver para amenazar á sus soldados, los cuales preferían huir que caer ante un enemigo á quien no veían ni tocaban.

A pesar de esta influencia desmoralizadora en las filas de los rusos, defendían éstos su terreno con singular tenacidad, y la batalla duraba ya varias horas sin que pudiéramos realizar nuestro objeto, que era flanquear su derecha y arrollarle, como quería hacerlo por el flanco izquierdo el príncipe Jorge de Sajonia.

A eso de mediodía, la victoria comenzó á declararse en nuestro favor. El día era brillante, claro y cálido, y aunque el campo de batalla frente á la posición del rey Alberto estaba completamente libre del humo de la pólvora, vimos de pronto que en el horizonte, detrás de los rusos, comenzaba á elevarse una espesa columna de polvo amarillento que se aproximaba cada vez más hacia nosotros como una inmensa nube de vapor. Observé que el rey cambiaba miradas de inteligencia con algunos de sus oficiales, pero no comprendí al pronto lo que esto significaba, hasta que al fin divisé en lontananza unos reflejos singulares: eran producidos por los rayos del sol que iluminaban los sables, cascos y lanzas de nuestra caballería.

En efecto, treinta y dos escuadrones, siguiendo la orilla derecha del Bzura, habían vadeado la corriente más arriba de su confluencia con el Ravka, y cruzando éste por Bolimoff, halláronse á retaguardia de la derecha de los rusos, sobre los cuales avanzaron como impetuoso torrente. Yo había presenciado operaciones de este género en las maniobras de otoño practicadas en Alemania, mas no creía que pudieran aventurarse en la guerra lo mismo que en la paz. El rey Alberto, no obstante, jamás se habría atrevido á esto si no hubiese visto antes que los rusos acumulaban su caballería en su flanco izquierdo, por ser el más expuesto, dejando solamente una brigada de dragones para reforzar el derecho. No juzgaron posible que los alemanes, sin ser vistos por los batidores cosacos, pudieran llegar con treinta y dos escuadrones hasta su retaguardia; pero así sucedió precisamente, y los batallones rusos fueron en parte destrozados.

Advertido demasiado tarde de la presencia de aquella avalancha de caballería, el enemigo, sin embargo, hizo frente, y no pocos jinetes alemanes mordieron el polvo; mas esto no bastó para contener á los demás, que lanza en ristre atacaron con irresistible ímpetu. Después de atravesar entre las diseminadas filas de la infantería de Gourko, los escuadrones avanzaron á la carrera en dirección á nuestras líneas, entre las cuales pasaron, saludados por ruidosas aclamaciones, para formarse de nuevo, aunque no sin haber sufrido considerables pérdidas. No obstante éstas, la desmoralización de la infantería rusa era completa y el camino para coronar la victoria quedaba abierto.

Al mismo tiempo era evidente por ciertas señales en la extrema derecha que nuestro ejército del Vístula había conseguido practicar un movimiento análogo en la parte del campo donde estaba el grueso de la caballería rusa, que con la mayor intrepidez, pero inútilmente, quiso oponerse al avance de los alemanes A las dos de la tarde, nuestra línea de batalla tenía una forma circular que se iba estrechando sobre el enemigo.

A poco, dióse orden de emprender un avance general, y la artillería, después de arrojar un torrente de bombas contra la posición rusa, disminuyó paulatinamente su fuego á fin de que la infantería continuase la obra destructora. Para esto hubo de sufrir considerables pérdidas, pues filas enteras fueron barridas por el fuego del enemigo al flanquear sus atrincheramientos; pero el valor teutónico y la disciplina vencieron al fin, y las trincheras quedaron llenas de cadáveres rusos. La aldea de Skierniwiece estaba ardiendo, y ya no podía servir de refugio á sus defensores; el mismo castillo, con todos sus recuerdos de los tres emperadores, hallábase reducido á un montón de ruinas humeantes; las baterías rusas enmudecían, y en el bosque no era posible ya la defensa á causa de hallarse cercado por tres partes; de modo que no quedaba más recurso que tomar la posición á bayoneta calada. De los batallones que se retiraron de sus líneas, solamente uno se detuvo cerca de la estación del camino de hierro para hacer frente al enemigo, y allí hubo una desesperada lucha cuerpo á cuerpo, que recordó la matanza de Bazeilles; pero tambien aquí pudo más la obstinación alemana. La posición de Gourko y de sus intrépidos moscovitas, elegida por él mismo, quedó muy pronto en nuestro poder.

A las tres de la tarde los rusos se habían pronunciado en completa retirada sobre Varsovia, y todos sus formidables fuertes quedaban á nuestra disposición, con sus almacenes y ventajas estratégicas. Sería imposible calcular ahora nuestras pérdidas y las del enemigo; pero tanto en rusos cuanto en alemanes la carnicería ha sido espantosa, mucho mayor de lo que se debía esperar, atendido el número de tropas que tomaron parte en la lucha. Sin embargo, siempre es un consuelo reflexionar que los adelantos y mejoras en el servicio de la ambulancia alemana han correspondido á los progresos que se han hecho en el arte moderno de la guerra para matar gente. Todos los heridos, así rusos como alemanes, han disfrutado del perfeccionamiento del servicio.

La conferencia de nuestros victoriosos jefes, el rey de Sajonia y su hermano el príncipe Jorge, después de la batalla, ha sido muy afectuosa y conmovedora, recordando la histórica escena en Koniggratz, cuyas principales figuras fueron el rey Guillermo y su heroico hijo *Unser Fritz*.

GRAN BATALLA EN LA FRONTERA DE GALITZIA

(Sin fecha)

Antes de enviar este parte recibo noticias de una batalla decisiva, librada en la frontera de Galitzia entre las fuerzas rusas que hay por allí y un ejército austriaco, compuesto de 250.000 hombres. Parece que éstos consiguieron rechazar completamente á Dragomiroff, el cual se retira hacia Lablin, sobre la línea de Varsovia. Si el rumor se confirmara, es probable que dicho jefe se retirase también hacia Varsovia para reunirse con Gourko y con el gran duque Vladimiro, en cual caso sería muy posible, por no decir seguro, que en la presente guerra tendríamos algo parecido á Gravelotte y Metz.

ITALIA MOBILIZA SU EJÉRCITO Y EMPRENDE LA CAMPAÑA CONTRA FRANCIA. – ESCENA EN ROMA AL HACERSE LA DECLARACIÓN DE GUERRA POR FRANCIA.

«ITALIA CUMPLIRÁ CON EL TRATADO»

(Carta de nuestro corresponsal particular.)

Monte Carlo, 30 *mayo*

«Por el telégrafo conocerá usted ya los detalles diversos del desarrollo de la parte franco-italiana de la presente guerra europea; pero habiéndome sido posible, gracias á una serie de felices circunstancias, seguir los principales incidentes del movimiento italiano hasta ahora, tal vez recibiría usted con gusto, por vía de suplemento á lo que ya tiene publicado, una breve reseña de mis observaciones.

»Por casualidad me hallaba en Roma cuando se recibió el telegrama anunciando que Francia había desenvainado el acero contra Alemania, y tuve primeramente conocimiento del hecho por una tumultuosa muchedumbre que pasó por delante de mi ventana del hotel de Londres, en la plaza de España, gritando ruidosamente: «¡Viva Alemania y la Tr - ple Alianza!»

»Esta multitud llegaba del Pincio, donde la magnífica charanga de *Carabinieri*, sin rival en Europa, había deleitado al público con su agradable música y donde el *Popolo Romano* había repartido una hoja extraordinaria para anunciar la noticia, no del todo inesperada, de que Francia, aprovechando los apuros de Alemania en su frontera oriental, había lanzado el grito de venganza para caer sobre el Rhin. Cierto individuo se había encaramado en un poste para leer el telegrama á la multitud, que ansiosa de noticias, y cual movida por el mismo impulso, prorrumpió en aclamaciones, vitoreando al rey Humberto y al emperador alemán, mientras que la música amenizaba con sus dulces acordes aquella ruidosa manifestación tocando el himno *Wacht am Rhein*.

»Después la multitud, dirigiéndose hacia el Quirinal, pasó como una avalancha por delante de la Trinidad del Monte, cruzó luego por la Vía Sixtina donde me agregué á ella, y detúvose después ante la casa en uno de cuyos pisos, un modesto tercero habita «il signor Crispi.» Al oir los clamores de la multitud el ex primer ministro, que tanto había abo gado para que Italia tomase parte en la triple alian za, salió al balcón para saludar al público; pero re husando en aquella ocasión pronunciar un discurso limitóse á mover la mano señalando el Quirinal adonde se dirigió al punto la muchedumbre con tu multuoso apresuramiento.

»Después de franquear la escalinata que conduc al Quirinal, vimos ocupada ya por la gente llegad de otros puntos de la ciudad la gran explanada qu hay delante del palacio. Algunos manifestantes s habían encaramado en los pedestales de las estatua de Fidias, bien conocidas de todos los que han vis tado la Ciudad Eterna, mientras que una parte d aquella multitud, compuesta de los señores de sot na y tonsura, hallábase en la otra orilla del río. Si duda acudían para enterarse de la marcha de lo acontecimientos que tan trascendentales consecue cias podían tener para ellos y para sus aspiracione Después de observar los semblantes pálidos y la e presión meditabunda de aquellos ministros de la r ligión, no pude menos de fijar mis miradas en l altas ventanas del Vaticano, donde tal vez el aprisi nado sucesor de San Pedro trataba de averiguar, co ayuda de un anteojo, la significación de todo aqu movimiento popular frente al palacio del real her dero de toda su gloria mundana. Quizás se interesa en aquella agitación, pensando que los acontecimie tos que se iban á resolver en el crisol de la guer podrían devolverle alguno de los hilos de su pod temporal.

»Pero estas reflexiones mías fueron interrumpid muy pronto por otra aclamación de la multitud q acababa de formarse en dos líneas para abrir pas como las aguas del Mar Rojo á la vista de Moisés de su gente, á fin de que pudiera salir del palacio marqués de Rudini. Acompañábanle dos de sus cretarios, que habían asistido al Consejo presidi por el rey, y los tres se dirigían al ministerio de tado. Los vivas menudearon al aparecer aquel d natario, que si bien había sustituído al signor Cris en cambio observaba su popular política extranje y apenas se pudo evitar que la multitud le condujo en andas hasta su residencia oficial.

»No bien se hubo agolpado de nuevo la multit alrededor del ministerio, cuando debió abrir ca otra vez para dejar paso al carruaje del embaja alemán, conde Solms, que llegaba desde su palac llamando la atención por su grave aspecto. Sin e bargo, veinte minutos después, cuando salió del nisterio, habíase desvanecido de su rostro la expres meditabunda, y devolvió los saludos á la multi con una sonrisa de satisfacción.

»La multitud, que en un momento hizo sus ded ciones, comenzó á gritar, pidiendo que saliese marqués de Rudini; y accediendo al fin ante la dosa insistencia del populacho romano, el marq salió al balcón del ministerio, impuso silencio una señal y pronunció el siguiente breve discurs

«Señores, estamos en un momento grave y subli á la vez; pero como ahora conviene la acción que las palabras, mis observaciones deben ser bre Francia, como ya sabéis, ha levantado el acero tra Alemania, é Italia debe ser fiel á su leal ali (ruidosas aclamaciones).

»Italia contrajo por el tratado ciertas obligacio que ahora debe llenar: así lo hará, cual cumple honor (frenéticos aplausos).

»Ya está echada la suerte, y á todo riesgo es ciso cumplir nuestras promesas, porque nuestra tencia nacional no sería nada sin el honor de la ción *(¡evviva evviva!)*.

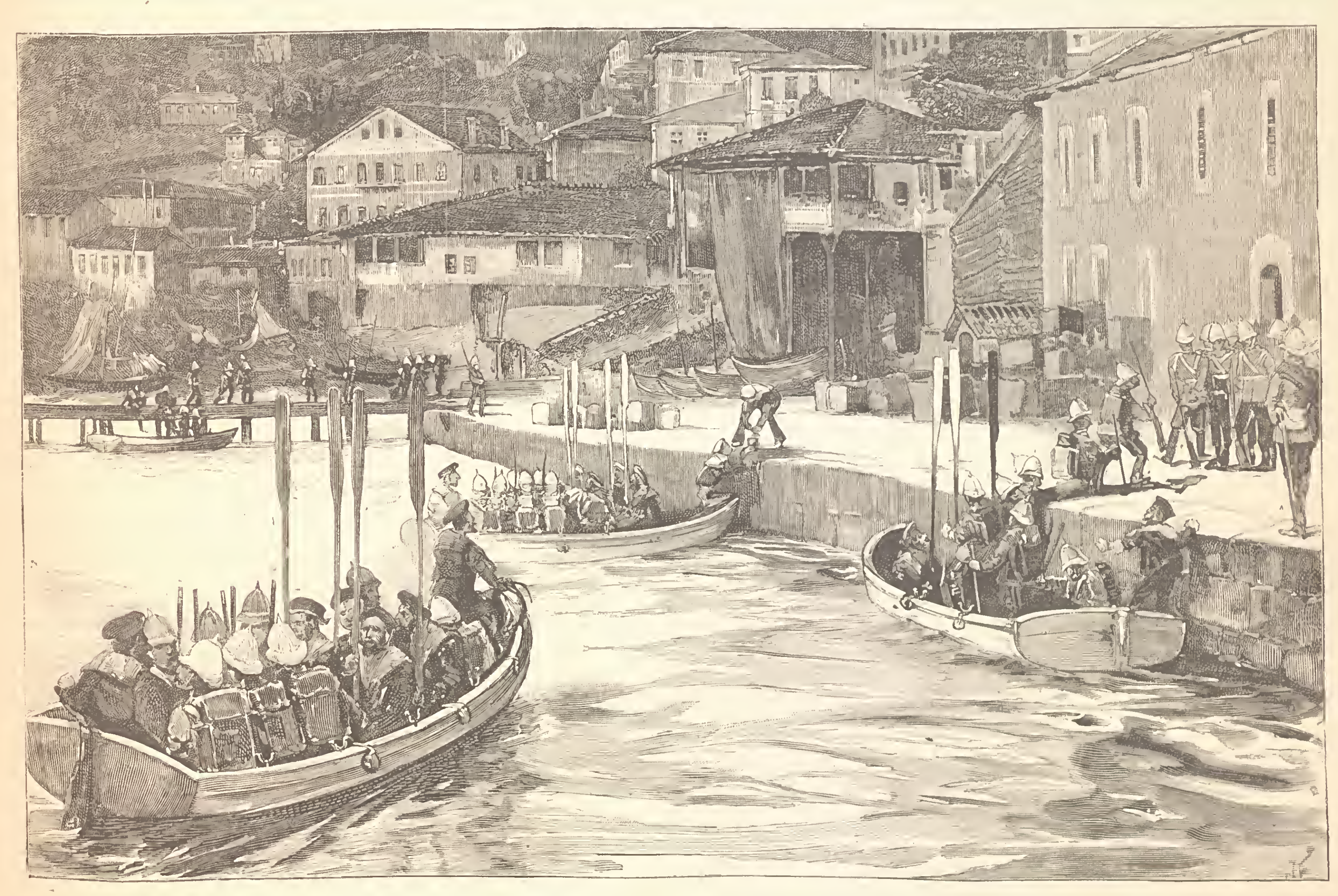
»Esta es la primera vez que Italia, como na

unida, ha sido llamada para dar á conocer lo que vale, y con ayuda de Dios justificará las esperanzas que en ella se han depositado.

»Réstame sólo añadir que se han expedido ya órdenes para la inmediata movilización de nuestro valeroso ejército, para el cual pedirá protección con sus fervientes oraciones todo verdadero italiano, y todos somos verdaderos italianos, desde las llanuras de Sicilia inundadas de sol, hasta los nevados picos de los Alpes (ruidosos aplausos).

»*Italia fará da sé. ¡Evviva il ré Humberto, Evviva l'imperatore di Germania, Evviva la triple Allianza!*»

»Este discurso del marqués fué acogido con entusiastas aclamaciones. El ministro debía pronunciar en la Cámara un discurso análogo, aunque más estudiado; pero no necesito ocuparme de él, pues para muestra basta lo dicho; y esta escena antes de comenzar la lucha por parte de Italia dará idea suficiente del estado de los ánimos.»



La gran guerra de 1892. – Desembarco de las tropas inglesas en Trebizonda

CONSEJO DE GUERRA

«El segundo incidente á que debo referirme ocurrió en el ministerio de la Guerra, uno de los más grandes edificios de Roma (diríase que en todos los países del continente la arquitectura militar trata de empequeñecer á la religiosa), donde el rey Humberto presidió un Consejo, compuesto de sus magnates del ejército y la armada, incluso los generales que mandan todas las fuerzas de la monarquía, y los almirantes de la escuadra, á quienes se había mandado llamar por telégrafo para darles instrucciones respecto á la acción que se debía seguir contra Francia. Cierto que el general Staff había trazado ya un plan de campaña para la eventualidad de semejante guerra, pero la situación, tal como se presentaba, ofrecía elementos de duda y dificultades no previstos, y de consiguiente era necesario deliberar sobre la manera de distribuir el ejército italiano, atendidas las circunstancias.

»La primera cuestión se reducía á resolver cuántos cuerpos de ejército se enviarían contra Francia, debiéndose tener en cuenta cuántos se necesitarían para guardar las costas de Italia é impedir un desembarco de los franceses. También se debía tomar en consideración el hecho, según observó el rey, de que no se podía esperar que Inglaterra, al menos por el pronto, prestara á la Triple Alianza más que su apoyo moral. Si la Gran Bretaña se uniese formalmente á dicha alianza, poniendo su flota á disposición de Italia, con lo cual ésta se hallaría segura contra todo peligro de agresión francesa por el mar, todo el ejército italiano quedaría libre de operar en tierra; pero atendido el estado de cosas, Italia debía estar prevenida para el caso de un desembarco de los franceses en su extensa costa. Francia había enviado ya trece cuerpos de ejército hacia el Rhin; los otros siete estaban de guarnición en los departamentos del Sud y orientales, y aunque no hubiesen recibido orden de marcha, en el momento menos pensado podrían ir algunos á Marsella y Tolón y á las pocas horas estar en camino de la costa italiana.

»Las opiniones del Consejo de Guerra estuvieron muy divididas respecto á lo que debía hacerse, llevando la voz en nombre de las dos opuestas tendencias los generales Pianell y Bariola; pero al fin, atendiendo á una proposición del general Cosenz, jefe de estado mayor, apoyada por el rey, se acordó que los cuerpos de ejército 1.°, 2.,° 3.° y 4.° atacaran á Francia por el flanco, quedando el 6.° y 7.° como reserva y los demás preparados para dirigirse adonde fuese conveniente, según las eventualidades de la guerra, sobre todo si Francia sufría reveses en el Rhin y se veía obligada á dejar sin guarniciones sus departamentos del Sur.

»En cuanto á la línea de ataque, es decir, aquella por donde los italianos tratarían de entrar en Francia... (en este punto el que me ha dado estas noticias me ruega que guarde silencio y tenga un poco de paciencia). Solamente añadiré que terminadas las deliberaciones del Consejo, el marqués de Rudini envió á todos los diarios de la tarde el texto del tratado de alianza germano-italiano, cuyas condiciones son iguales á las del austro-alemán, publicadas hace algunos años por el príncipe de Bismarck: estipúlase por ellas la mutua garantía de la integridad territorial, y se previene que en el caso de ser atacada Alemania ó Italia por Francia, las dos potencias deben atender á la defensa común.»

RUTA SEGUIDA POR LOS ITALIANOS AL TRAVÉS DE LA RIVIERA

»Desde Roma me dirigí á Spezzia, donde un amigo se había ofrecido á llevarme en su yate, y allí encontré una formidable escuadra de acorazados, compuesta del *Italia*, *Andrea Doria*, *Francesco Morosimi*, *Re Humberto*, *Rugiero di Lauria*, *Affondatore*, y otros varios de segunda clase, que se disponían á hacerse al mar. ¿Cuál era el objetivo de aquella flota? En este punto las autoridades navales permanecían mudas como la tumba; pero á los pocos días debía aclararse el misterio.

»Nos dirigimos á Monte Carlo y el yate ancló en la linda bahía de Mónaco, donde encontramos la guardia del príncipe, consistente en unos sesenta y cinco carabineros, los cuales estaban muy excitados, previendo que las circunstancias les obligarían tal vez á dejar su actitud de neutralidad armada para tomar parte en las hostilidades, de las que Riviera podría ser muy pronto el sangriento teatro. Sin embargo, esto no parecía inquietar á los visitantes, hombres y mujeres de todas las naciones, judíos y gentiles, elamitas y asirios, que á pesar del movimiento de tropas, batallones franceses que llegaban y salían, continuaban frecuentando las mesas del casino para entregarse á su pasión favorita con afán digno del filósofo de Siracusa. *Noli turbare circulos meos*, dirían los adoradores de la ruleta.

»Tal vez no todo el mundo conozca el hecho de que durante los últimos pocos años los franceses han construído una formidable línea de fuertes á lo largo de la Riviera desde Marsella á Mentona, y que todos los picos y cumbres que dominan el mar y el camino de la orilla están ocupados por una de esas obras defensivas de piedra, tan terribles por su solidez como por los cañones de largo alcance de que están armadas. A decir verdad, son como la muda respuesta á la Triple Alianza, y se levantaron desde la conclusión del Pacto para cerrar el camino á los italianos en el caso de que éstos, cumpliendo sus compromisos con los alemanes, trataran de flanquear á Francia, eligiendo para su línea de ataque la orilla del mar más bien que el camino montañoso.

»Si el ejército italiano prefería el camino de la Riviera para ir á Francia, á pesar de sus peligros, era porque prescindiendo de las dificultades naturales de las vías de los Alpes, casi mayores ahora que en tiempo de Aníbal y de César, no quería exponerse, tal era su lealtad, á ser acusado de haber infringido la neutralidad de Suiza ó de Savoya. En su consecuencia, los italianos resolvieron forzar el paso del camino de la Riviera, tanto más, cuanto que su flota podría cubrir la marcha hasta cierto punto, y aun desembarcar tropas en lugares dados, por lo menos

hasta que las demás divisiones de la escuadra francesa, ocupada ahora en el Báltico y en otras partes, no estuvieron libres de marchar al Mediterráneo.

Los italianos habían resuelto también enviar otro cuerpo de ejército más pequeño, compuesto del 1.° y 3.°, á través de los Alpes, por el camino del Mont-Cenis, á fin de sorprender si era posible el flanco del ejército francés, compuesto de cuatro cuerpos, es decir, todos los de que se podía disponer, pues con las demás fuerzas debían repararse las pérdidas que se sufrieran en el Rhin.

BATALLA DE COSTEBELLE

GUERRA DE MONTAÑA

No necesito describir á usted detalladamente los incidentes de la primera lucha entre los dos ejércitos, francés é italiano, porque seguramente tiene ya conocimiento de ellos, sobre todo de la colisión en Ventimiglia y la más seria cerca de Mentona. Sin duda habrá oído hablar de los incidentes que constituyen el preludio del drama, la magnífica pero inútil defensa del batallón 24.° de cazadores franceses, desde Villafranca, contra el irresistible ataque de los *bersaglieri*, del cuarto cuerpo italiano. El brillante encuentro de los lanceros italianos con los dragones franceses; las hazañas de los tiradores italianos y los obstinados duelos de artillería entre los acorazados italianos y las baterías que coronan las cumbres de las montañas, con todos los demás episodios que constituyen este cuadro fascinador de la sangrienta lucha.

. . . .

La batalla de Hyeres, ó más bien de Costebelle, punto donde la reina Victoria pasó últimamente algunas tranquilas semanas, aunque dió por resultado la retirada de los franceses á Tolón, no es decisiva en la campaña, porque es punto menos que imposible que los italianos se posesionen de esta formidable é importante plaza, ni aun con el auxilio de su flota, antes de recibir refuerzos de su país, lo cual no deben esperar por ahora, y entretanto la escuadra de Brest podrá librarse de sus entorpecimientos en otros puntos para marchar después al Mediterráneo.

Sin duda la situación se simplificará si el general Ricotti, con sus dos cuerpos de ejército, consigue desembarcar desde los Alpes por el lado del Mont-Cenis y bajar, si no encuentra allí oposición, al valle del Ródano á fin de cooperar con las fuerzas de la Riviera; pero en el entretanto podría haberse decidido en el Vístula y el Rhin el éxito de toda la guerra, en cual caso los italianos habrán conseguido su principal objeto, que era distraer y acosar á las fuerzas de Francia, haciendo una diversión por su flanco y retaguardia para facilitar su derrota por los alemanes.

De todos modos, las victorias alcanzadas por los italianos demuestran que tienen excelente material con buenos oficiales y soldados, material en nada inferior al de Francia; y cuando después de la batalla de Costebelle, el emperador alemán telegrafió al rey Humberto, diciéndole «que sus tropas habían hecho cosas de que el mismo ejército prusiano se habría enorgullecido, y á las cuales éste no sobrepujó ni aun en Rossbach y Sedán,» todo el mundo debe haber comprendido que el soberano de Alemania, en sus frases de cumplido, no hacía más que usar el lenguaje de la verdad.

(Continuará)



FLORES DE CHILE, grupo fotográfico de los Sres. Díaz, Spencer y Compañía, fotógrafos de Santiago, remitido por el Sr. Mariscal, corrresponsal de *La Joya literaria* en aquella ciudad

EL CARNAVAL ROMANO

ANTES Y AHORA

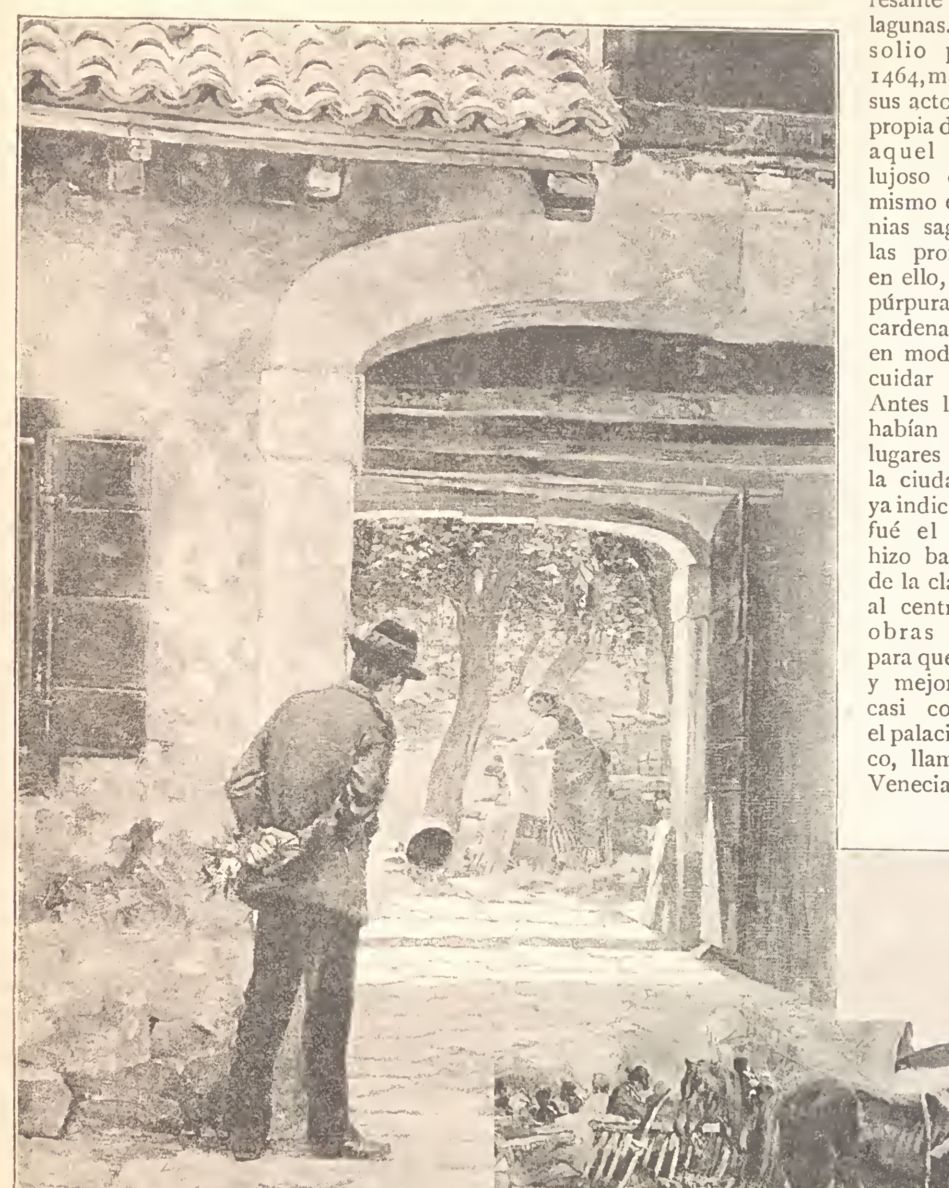
Entre las fiestas suntuosas de la Roma pontificia, hay que contar el Carnaval, residuo de extravagantes y escandalosos cultos paganos, justificado por prácticas de nuestra religión. Los usos populares se perpetúan, rara vez desaparecen completamente; cuando más, se transforman, y las autoridades obligadas á deducir leyes de costumbres arraigadas no pueden herir de frente hábitos inveterados, mucho menos si son de aquellos que solazan y divierten á todas las clases.

He aquí por qué los pontífices admitieron la perpetuación de fiestas paganas, que en todo tiempo fueron causa de escándalo, excusándolas como preliminares de días de penitencia y ayuno: restos mal disfrazados de ritos con que se festejaba á Baco y Ceres, la iglesia, aunque con ciertas prevenciones, tuvo que admitirlos, y resultaron días en que no se piensa, días de manifiesta locura, que creyó perfectamente real un buen turco, que según testimonio de Gislenio Busbech, embajador de Fernando I ante Solimán II, volviendo á Constantinopla después de haber pasado el carnaval en una ciudad católica, afirmó muy serio que los cristianos enloquecían durante algunos días del año, mas que en virtud de cierta ceniza con que les ungían la frente en las iglesias, recuperaban la razón.

Es lo cierto que, exceptuando Venecia, en ninguna parte fué tan famoso el carnaval como en Roma, cosa que se explica por la misma causa que lo hizo mantener entre las fiestas cristianas: aquí donde la cuaresma era más severa, donde cesaban por completo todas las fiestas, donde la penitencia era más austera, la preparación tenía que ser más exagerada, las diversiones más alegres; en una palabra, la locura más violenta. Son dignas de leerse las descripciones de aquellas fiestas, pues dan exacta idea de la corrupción de los tiempos, al par que del lujo y alegría que dieron lugar á que de todas partes afluyera gente á Roma para presenciar el carnaval.

Duraba ocho días; el sábado, víspera de la dominica de sexagésima, sonaba la *Patarina*, la gran campana del Capitolio, que como trofeo de guerra fué conducida á Roma desde Viterbo, cuando la campaña contra los herejes que le dieron nombre; la misma campana que tañía en las grandes ocasiones, que doblaba lastimeramente á la muerte del pontífice y prevenía la oración por los que iban á ser ajusticiados. Era la señal de alegría que ansiaban todos, era el momento en que comenzaban los festejos. Hombres, mujeres y niños salían enmascarados, principiando las bromas tan de gusto del pueblo romano, que si alguna vez por ser de buen carácter provocaban la risa, no pocas terminaban en desórdenes sangrientos, que algún pontífice tuvo que reprimir con mano fuerte, dictando medidas durísimas é imponiendo penas exorbitantes, que más de una vez dejaron de estar en la justa proporción que debían guardar con el delito. Las máscaras, en el sentido que tiene la palabra hablándose de días semejantes, era lo de menos; lo que daba más realce al carnaval romano eran las comitivas y cabalgatas, las carreras de hombres y animales que se verificaron en distintas calles y plazas, según el gusto de los pontífices.

Desde los tiempos de Martín V tuvieron fama las



UN PASO MÁS, cuadro de Ernesto Croci

MERCADO EN TRIESTE, cuadro de Ernesto Croci

fiestas celebradas en el *Testacho* y en la plaza *Navona:* el primero es un montículo situado entre el Aventino, la muralla de puerta Ostiense y el Tíber; la segunda debe su nombre al *Circo Agonale*, construído en tiempos de Domiciano y cuyas ruinas han ido desapareciendo poco á poco para dejar una de las más hermosas plazas de la Ciudad Eterna. En ambos lugares hacían sus evoluciones suntuosas mascaradas que se organizaban en el Capitolio y recorrían las principales calles, representando cada año cosas diferentes: unas veces ingeniosísimas alegorías; otras, escenas mitológicas; no pocas, sucesos históricos. Compatibles con ellas eran otras burlas y festejos, en que muchas veces se manifestaron los feroces instintos del populacho: durante el carnaval de 1372, reinando Gregorio XI, que entonces se hallaba en Aviñón, las carreras del Testacho consistieron en precipitada huída de toros, uncidos á carros, llevando dentro cerdos amarrados y algunas varas de paño rojo sujetas á mástiles convenientemente dispuestos. Aguijoneados los toros, partieron desaforados desde la cima de la colina, llegando al valle, donde los aguardaba la multitud: triste premio recibieron aquellos animales; recibidos con lanzas, picas y cuchillos, fué la revuelta tan grande por apoderarse de sus despojos, que los heridos se contaron á centenares.

Para poner remedio á este y otros muchos desmanes, los pontífices dictaron bando sobre bando, pero siempre respetaron las tradiciones, recordando cuán aficionado fué en todo tiempo el pueblo romano á divertirse. En 1425 Martín V dictó su bula *Circunspecta sedis apostolicæ*, cuyo objeto fué reglamentar las corridas de toros, y posteriormente para cada uno de los números en que se dividía el programa del famoso carnaval romano, hubo una disposición legal, lo cual prueba el considerable desarrollo que tuvieron dichas fiestas desde tiempos remotos. Sin embargo, el fasto y brillantez que les dieron reputación universal puede decirse datan del pontificado de Pablo II (Pedro Barbo), veneciano que no podía olvidar en ninguna parte, en ningún estado, el esplendor con que se hacían todas las fiestas en la bella é interesante ciudad de las lagunas. Elevado al solio pontificio en 1464, mostró en todos sus actos la grandeza propia de su carácter: aquel pontífice fué lujoso en todo, lo mismo en las ceremonias sagradas que en las profanas; gozaba en ello, y quien dió la púrpura teatral á los cardenales, no podía en modo alguno descuidar el carnaval. Antes los festejos se habían celebrado en lugares apartados de la ciudad, como los ya indicados. Pablo II fué el primero que hizo bajar el rumor de la clamorosa fiesta al centro, realizando obras convenientes para que lucieran más y mejor. Habitando casi constantemente el palacio de San Marco, llamado hoy de Venecia, que según cuentan tiene en sus macizos muros muchas de las piedras que desgraciadamente faltan en el histórico Coloseo, quiso que las carreras, tanto de personas como de animales, se celebraran en el *Corso*, á lo que debió su nombre la dilatada calle que arrancando de la plaza del Popolo termina en la de Venecia. Cuentan que desde el balcón presenció los juegos acompañado de su corte, y que con gran contentamiento de todos arrojó al pueblo puñados de monedas y celebró opíparos banquetes en que continuaron las bromas. Aquel pontífice conocía sobradamente la índole del pueblo que gobernaba; sin olvidar que descendía del que por tanto tiempo se había contentado con *Panem et Circenses*, dióle una y otra cosa, estableció mataderos y abrió repletos graneros al par que aumentaba las fiestas y espectáculos.

El pueblo, que rara vez se mantiene en los justos límites, abusó pronto: las bromas más pesadas se extendieron á la clase sacerdotal, de lo que hay un curioso ejemplo en los diálogos del *Cortigiano* de Baltasar Castiglione; usaron para disfrazarse los trajes de cardenales, obispos y religiosos, y nuestros lectores podrán calcular las burlas sarcásticas á que daba lugar esta costumbre, tanto más, cuanto que se esperaban aquellos momentos para sacar partido de sucesos acaecidos durante el año, poniendo en ridículo á personas que muchas veces, es cierto, lo tenían bien merecido. Siendo necesario reprimir tales escándalos, los papas dictaron medidas conducentes á ello, y los castigos impuestos no fueron leves: los sorprendidos con disfraces de cardenales, obispos ó prelados debían pagar cincuenta escudos de oro, perder el traje, coche y caballos si los llevaban, y sufrir además otras penas corporales, comenzando por la de azotes, que habían de aplicarse en seguida en el lugar del arresto, sin preguntar ni averiguar quién fuera; todo lo cual, como se comprende fácilmente, aumentaba el regocijo, pues no era para menos presenciar la ejecución sumarísima de pena corporal impuesta á un cardenal ó á un obispo, aunque fueran fingidos. Durante el pontificado de Julio III renacieron nuevamente las licencias, pues se autorizaron de nuevo las mascaradas, sin excepción y sin determinar penas á los contraventores de los bandos anteriores. Pero esto, que era lo bueno para el pueblo, duró poco: á partir de 1555 se repiten otra vez los bandos rigurosos, que luego se van extremando de año en año; se prohibió entrar disfrazados en las iglesias, tirar huevos llenos de agua ú otra materia pútrida; en 1556 se veda á los enmascarados acompañarse de religiosos y llevar armas, y la penalidad por estas faltas, que bien mirado no llegan á delitos, llegó á ser tan exagerada, que podía incurrirse hasta en pena de la vida, todo según el arbitrio de monseñor gobernador. Aún hay más: en un bando de 1586 se dispone sea ahorcado quien durante las carreras diese lugar á cualquier desgracia, y si por caso él mismo fuera víctima de su imprudencia y resultara muerto, se ahorcaba el cadáver.

Mas el pueblo seguía divirtiéndose, y ni las penas mencionadas, que se aplicaban con máximo rigor, ni el saludable aviso que quisieron dar las autoridades romanas, ordenando que en los días de carnaval se ejecutaran algunos criminales, bastaron para poner coto á tantos desmanes. Fanático por sus fiestas tradicionales, enloquecía en ellas y le halagaba ver que también la nobleza tomaba parte haciendo mascaradas suntuosas, no pocas de las que fueron pagadas por embajadores extranjeros, entre los que se distinguió nuestro conde de Oñate en 1647. La costumbre de que carros, mascaradas y cabalgatas partieran del Capitolio, acredita cómo venía manteniéndose el recuerdo de los antiguos tiempos; pues del Capitolio partía también en los tiempos clásicos la procesión que se dirigía al Circo los días de juegos; las carreras del Circo Máximo se perpetuaron en Italia: fué un ejercicio corporal, cultivado constantemente por estos amantes de la forma. Correr el palio, porque *palio* se llamaba la pieza de tela que constituía el premio, fué costumbre conservada en todas las regiones italianas; con este espectáculo celebraban acontecimientos notables, fechas en que los pueblos se habían ilustrado por hechos de armas, victorias, proezas de todo género. Dante, ponderando cómo corría Brunetto Lattini para incorporarse al grupo de los que sufrían pena por su mismo pecado, dice:

Poi si rivolse, e parve di coloro
che corrono a Verona il drappo verde
per la campagna; e parve di costoro
Quegli che vince e non colui che perde

Lo mismo que en Verona ocurría en otras ciuda-



SAN JUAN DE DIOS, escultura de D. Agapito Vallmitjana. (Salón Parés.)



REBAÑO, cuadro de D. Rafael Senet. (Salón Parés.)

dades de Italia, pero tal vez en ninguna como en Roma, donde las carreras fueron muchas y variadas, reservándose siempre para los días de carnaval. Desde 1467 el lugar destinado para ellas fué el Corso; primero desde la mitad, donde se hallaba el arco de Domiciano, hasta la plaza de Venecia: después, cuando para embellecer la calle se derribó por orden de Inocencio VIII el arco citado, partieron los corredores desde la plaza del Popolo, y así la distancia puede calcularse igual á la de la pista del Circo Máximo. En éste, durante los tiempos antiguos, corrieron carros, caballos y hábiles gimnastas, por los cuales se interesaba el pueblo; más tarde, cuando la degradación llegó al extremo, un capricho imperial hizo que corrieran también mujeres, lo que no dejaría de dar lugar á curiosas peripecias. En el Corso romano hubo carreras de caballos, búfalos y asnos, unas interesantes, otras risibles; después, como dice un diarista, hubo carreras de animales bípedos y disputaron palio judíos, jóvenes y viejos, constituyendo cada grupo la de un día; por último, llegó la abyección también, y hubo carreras de jorobados, que dieron tristísimo espectáculo, corriendo desnudos por la Vía Julia, en el carnaval de 1633, como registran los *Avisos* de dicho año en los siguientes términos: «*Domenica in strada Giulia, a spese di particolari, con licenza de superiori, fu corso un palio di gobbi ignudi molto ragguardevoli per la varietá delle loro gobbesche schiene, che per esser cosa nuova in questa citta vi concorse molto popolo e nobiltá in carrosa, in modo che appena capeva in quella contrada, oltre che tutte le finestre delle case e palazzi erano piene di persone.*

Pero ninguna de estas carreras entusiasmaba tanto al populacho como las de judíos, pobres gentes que fueron siempre hazmerreir y sufredolor de quienes, inspirándose en los sentimientos religiosos de que blasonaban, debían haberlos tratado caritativamente. Nunca fué así por desgracia, y lo que ni los sentimientos humanitarios ni las leyes pudieron hacer, lo hizo la sátira, vengándolos cruelmente, sobre todo de aquellos que más duras imputaciones les hacían; el popular poeta Joaquín Belli, que tan hermosos sonetos dejó en dialecto romanesco, los defendió indirectamente en uno de ellos, tan notable, que merece ser conocido:

In questo io penzo come pensi tu:
Yo l' oddio li ggiudii peggio di te;
Per che nun zo' cattolichi e perché
Mésseno in crosce er Redentor Gesú
Ma ripescanno poi dar tetto in giú
Drento la legge vecchia de Mosé,
Disce er Giudio che cquarche cosa sc' é
Pe' scusá le su' dodici tribbú
Infatti (disce lui), Cristo partí
Da casa sua e sse ne venne cqua
Co' l' idea de quer zanto venerdí.
Duncue (seguita á ddi' Bbaruccabbá)
Subito che llui venne pe' mmorí,
Quarchiduno l' aveva d' ammazzá.

A. FERNÁNDEZ MERINO

(Continuará)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Actualmente se están celebrando en París dos exposiciones: la del *Círculo de la Unión Artística* y la de la *Sociedad de acuarelistas franceses*. En la primera merecen especial mención dos bustos en mármol de Mercié, los del cardenal Lavigerie y del general Faidherbe, de Crauk, los de Carlés, unas estatuitas de Puech y Marqueste, los marfiles de Moreau-Vauthier, un barro cocido de Gerome, los retratos de Bonnat, Carlos Durán, Schommer, Benjamín Constant, Courtois, Dagnan Bouveret, Cormon y Machard, una figura decorativa de Morot, dos cuadros militares de Detaille y notables pinturas de Bouguereau, Vayson, Francais, Watelin, Bompard, Billotte, etc. En la segunda, la mejor de cuantas hasta ahora ha celebrado la *Sociedad de acuarelistas*, figura en primer término una de las más admirables obras de Meissonier, el cuadro titulado *Mil ochocientos siete*, pintura llena de vida y de movimiento en su conjunto y dechado de primores en sus detalles; hay además notables acuarelas de Harpignies, Francois, Adán, Toudouze, Boilvin, Rochegrosse, Clairin, Gilbert, Gros, Moreau, Tenré, Worms, Zuber, Bethune, la baronesa de Rothschild, Lemaire, Detaille, Claude (Max y Jorge), Bernard y otros.

– La Exposición de Blanco y Negro que se prepara actualmente en París revestirá este año excepcional importancia, á juzgar por el gran número de expositores que en ella tomarán parte y que se han inscrito ya en las oficinas de la dirección. Aumentarán este año el interés del certamen los dos nuevos grupos comprendidos en el programa, á saber: bocetos y proyectos de escultura y grabado retrospectivo. El inmenso local del palacio de Artes liberales del Campo de Marte y el espíritu expansivo y amplio que preside en la organización de las exposiciones de Blanco y Negro aseguran una instalación á propósito para todas las obras expuestas y permiten la agrupación conveniente de aquellas que constituyan conjunto.

– Luis Carraud, súbdito francés domiciliado en Florencia, ha dejado por testamento al Municipio de esa ciudad sus colecciones de objetos artísticos de las artes medioeval y Renacimiento: contienen marfiles, bronces, esmaltes, armas, mayólicas, cristales, piedras, grabados, escultura de talla, cobres, hierros, pinturas, miniaturas, mármoles, medallas, monedas, tapices, bordados y telas. Dominan en estas colecciones por su importancia los bronces, telas y esmaltes, en su mayoría del arte francés.

– Para el monumento nacional que ha de erigirse en Turín al ex rey de España D. Amadeo se han presentado en concurso 30 bocetos de 28 artistas: la suma destinada á la construcción del monumento es de 250.000 pesetas.

– Se ha abierto en París la Exposición de *l' Espatant*, en la que figuran obras de Bonnat, Bouguereau, Cormon, Flameng, Gerome, Detaille, Dagnan-Bouveret, Brouillet, Vibert, Clairin, Bompard, Fichel, Morot, Stevens, Doucet, etc., etc.

Teatros. – En el teatro de Folies Dromatiques, de París, se ha estrenado *La cocarde tricolore*, opereta cómica del maestro Planquette: el argumento, tomado de un antiguo *vaudeville*, ha sido arreglado por M. Ordonneau y abunda en situaciones cómicas propias del género; la música es en extremo agradable como todo lo del autor de *Las campanas de Carrión*. El éxito ha sido completo.

– Las representaciones wagnerianas en Baireuth comenzarán este año en 21 de julio y terminarán en 21 de agosto, cantándose durante este período ocho veces *Parsifal* y cuatro cada una *Tristán é Isolda*, *Tanhauser* y *Los maestros cantores de Nuremberg*.

—Con éxito extraordinario se ha estrenado en el *Petit Theatre* de París una comedia de magia, titulada *Un rêve au pays du bleu*; la pintura, la poesía y la música, de Horacio Callias, Depré y F. de la Tombelle respectivamente, rivalizan en gracia y brillantez en esta composición artística, poética y armoniosa que recrea por igual la vista y el oído de los espectadores.

– El estreno de la nueva ópera de Massenet, *Werther*, en el teatro imperial de la Opera de Viena, ha revestido las proporciones de un verdadero acontecimiento: el entusiasmo del público fué tan grande, que no contento con aplaudir á la terminación de los actos, aplaudió frecuentemente en el curso de éstos, hecho inusitado en aquel coliseo, donde la etiqueta por un lado y por otro el carácter un tanto frío del pueblo austriaco han hecho inveterada costumbre no interrumpir nunca la representación con un aplauso, por mucho que la obra represente entusiasme. Este es el mejor elogio que puede hacerse de la última partitura del autor del *Cid* y de la *Herodiada*.

– *En Madrid:* La reproducción de *Cavalleria Rusticana* en el teatro Real ha sido un nuevo éxito para la bellísima partitura del maestro Mascagni, habiendo obtenido grandes aplausos la Sra. Tetrazzini y el Sr. De Lucia, encargados de los papeles de Santuzza y Turiddu respectivamente.

– En el teatro Español se ha estrenado con buen éxito la comedia en tres actos de D. Jacobo Sales *La corriente*, cuyo argumento sencillo envuelve una intencionada sátira política.

– *En Barcelona:* En el teatro de Novedades se ha estrenado un drama en cinco actos de D. José Pin y Soler, titulado *La Sirena*: el éxito ha sido bueno, aunque los dos últimos actos resultan un tanto inferiores á los tres primeros. Las decoraciones, pintadas ex profeso para esta obra, son magníficas como todas las que produce el pincel de D. Francisco Soler y Rovirosa.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

El conde De Launay, embajador de Italia en Alemania; comenzó su carrera diplomática como encargado del rey de Cerdeña en Lisboa, y desde la unidad italiana fué siempre hombre de confianza de la actual dinastía.

Alejandro Bottero, caricato italiano de la antigua escuela, dotado de voz potente y extensa: cantó en los principales teatros de Europa y América.

D. Francisco de P. Campá, catedrático de la facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona y eminente tocólogo.

Monseñor Roccali, secretario del Papa y uno de sus más íntimos consejeros.

Jaime Augusto Grant, famoso viajero inglés que hizo con Speke en 1860 el gran viaje en busca de las fuentes del Nilo: en el estado mayor de lord Napier tomó parte en la expedición inglesa á Abisinia.

Guillermo Junker, uno de los más famosos exploradores del Africa central: hizo largos viajes por el Sudán, por los territorios de los altos afluentes del Nilo, especialmente por los países de los niam-niam y de los monbutus, y desde 1883 á 1886 acompañó en sus expediciones á Emín Bajá y á Casati.

Sir Provo Wallis, almirante de la marina inglesa: ha sido testigo presencial de todas las glorias de ésta en lo que va de siglo, puesto que nació en 1791 y á los nueve años ya estaba embarcado en el buque *Cleopatra*.

M. Johan Sverdrup, ex presidente del Consejo de Ministros de Noruega: á sus esfuerzos se debió en gran parte la implantación del gobierno parlamentario en aquel país, fué jefe de la oposición liberal y presidente del Storthing (Cámara) por espacio de más de veinte años.

El cardenal Mermillod, famoso orador sagrado, obispo de Lausanne y de Ginebra, fué expulsado de Suiza por decreto del Consejo federal en 1873, y volvió á su obispado en 1883, gracias á las negociaciones entabladas por León XIII, que le tenía en grande estima.

D. José de Velarde, inspiradísimo poeta andaluz, entre cuyas principales composiciones merecen citarse *Fernando de Laredo*, *El capitán García*, *La venganza* y sobre todo el poema *Fray Juan*.

D. Eusebio Terrero, teniente general del ejército español, militar de gran ilustración y claro talento; hizo las campañas de Africa y del Norte, fué jefe del cuarto militar y primer ayudante de D. Alfonso XII, capitán general de Castilla la Nueva y gobernador general de Filipinas.

D. Ramón de Sentmenat y de Despujol, marqués de Sentmenat y de Ciutadilla, grande de España, gentilhombre de Cámara de S. M. con ejercicio, presidente de la Academia de Bellas Artes de Barcelona y del Instituto Agrícola catalán de San Isidro: á raíz de la restauración fué nombrado Alcalde de esta ciudad, cargo en el que demostró relevantes condiciones.

Varia. – Un electricista polonés, Narkiewicz-Jodko, ha dado á conocer recientemente en Viena una nueva aplicación de la electricidad, muy interesante para las señoras: el baño eléctrico, que comunica frescura y juventud á la piel. Para ello basta acumular cierta cantidad de electricidad atmosférica en el agua del baño ó de la palangana (si la ablución es parcial) y lavándose con ella se obtiene el color sonrosado de una joven de quince abriles, sea cual fuere la edad de la que emplea el procedimiento. Este es higiénico, pues excita la circulación de la sangre y tonifica el organismo: el único inconveniente es que sus efectos sólo duran algunas horas.

Así lo refiere un periódico alemán, añadiendo que Narkiewicz ha presentado testimonios de varias encopetadas damas de París y de San Petersburgo, certificando por propia experiencia ser verdad cuanto afirma. Como lo hemos leído lo referimos.

NUESTROS GRABADOS

Busto modelado en cera atribuído á Rafael Sanzio (Museo Wicar, en Lille). – Además de pintor eximio fué Rafael famoso arquitecto y á lo que parece escultor notable: de lo primero son prueba el palacio de su nombre y la *Villa del Papa*, en Roma; los palacios Deg'Ugucciorii y Pandolfini en Florencia, y otras magníficas fábricas arquitectónicas: en punto á escultura atribúyensele, entre otras obras, la estatua de *Jonás*, que ocupa uno de los nichos de una capilla de Santa María del Popolo; *El niño y el delfín*, precioso grupo en mármol existente en la galería Down-Hill, en Irlanda, y el bellísimo busto modelado en cera que reproducimos y que en verdad lleva impreso en sus menores detalles la corrección y la delicadeza que han inmortalizado al gran artista de Urbino.

Flores de Chile, grupo fotográfico de los Sres. Díaz, Spencer y Compañía, de Santiago de Chile. – La fotografía de Díaz Spencer y Compañía es la predilecta del bello sexo de la capital chilena, como lo prueban los numerosos grupos artísticos de bellezas que constantemente salen de sus talleres y algunos de los cuales han sido reproducidos en importantes ilustraciones extranjeras. Uno de los más bellos y originales es sin disputa el que publicamos y que nos ha sido remitido por el Sr. Mariscal, corresponsal de *La Joya literaria*: en él están representadas las principales bellezas de Santiago en traje de iglesia y de boda, es decir, con el típico manto y la característica mantilla blanca.

Un paso más... Mercado en Trieste, cuadros de Ernesto Croci. – Dos bellas producciones del distinguido pintor Ernesto Croci reproducimos en este número, del mismo género que las que ya conocen nuestros lectores. Croci complácese en dar á conocer los tipos y costumbres de su país, rindiendo, en cierto modo, un recuerdo á Trieste, su ciudad natal. El *Mercado* es un lienzo recomendable que revela estudio y facilidad en la combinación de tonos, y *Un paso más...* es una composición agradable y sentida, en la que el artista conviértese en poeta, representando una escena en la que se adivina la respectiva situación de los dos jóvenes, que anhelando aproximarse y confundir sus afecciones, deténense en el umbral de una puerta por el mutuo respeto.

En los cuadros de costumbres da Croci fehacientes muestras de sus aptitudes artísticas, justificando el merecido renombre de que goza entre los pintores austriacos.

San Juan de Dios, escultura de D. Agapito Vallmitjana (Salón Parés). – La historia artística de este distinguido escultor es, al igual de la de su hermano D. Venancio, una continuada serie de triunfos. Su nombre, digno de respeto en el mundo del arte, lleva consigo el concepto de la maestría, del gusto y del sentimiento. Nacido también al calor del renacimiento patrio, ha sido uno de sus más laboriosos é inteligentes campeones, debiendo á su ingenio, á sus no comunes cualidades y á su propio esfuerzo la envidiable fama que ha logrado alcanzar. La mayoría de los que hoy se titulan sus compañeros fueron ayer sus discípulos, siendo de notar que todos reconocen en Agapito Vallmitjana la superioridad indiscutible, á la que le dan derecho los largos años de penosa labor y el testimonio fehaciente del mérito de sus obras, algunas de las cuales sirven de preciado adorno en aristocráticos salones ó de complemento al embellecimiento de nuestra ciudad.

La sentida y bien modelada estatua que reproducimos es una de sus últimas obras; en ella nótase desde luego la genialidad del escultor, la maestría y el sentimiento del arte. Es una feliz representación del apóstol de los desgraciados, de Juan de Dios, á cuyo ejemplo y buena memoria debe la humanidad una de las más grandes y bellas instituciones.

Rebaño, cuadro de D. Rafael Senet (Salón Parés). – Bello es el lienzo que recientemente ha expuesto en la Galería Parés este joven y ya conocido pintor que, al igual de sus paisanos Parladé y García Ramos, continúa las tradiciones de la escuela sevillana, dando muestra de inteligente colorista en los distintos géneros que cultiva. Desde su permanencia en Roma se han avalorado las aptitudes que para el cultivo del arte posee Senet, debiendo á Italia, adonde le condujo su afán de estudiar los grandes maestros, su desenvolvimiento artístico.

Réstanos consignar que las obras de Rafael Senet han sido premiadas en varias Exposiciones y que algunas de ellas figuran en varias colecciones de Nueva York, Berlín, Londres y Barcelona.

Sevilla puede envanecerse en contar á Senet en el número de sus distinguidos artistas, con mayor motivo cuando éste, á pesar de residir en extranjero suelo, dedica á su patria constantes recuerdos, trasladando al lienzo, embellecidos con los tonos de su brillante paleta, los tipos sevillanos, su purísimo cielo y su fresca y espléndida vegetación.

Bacanal, cuadro de D. José Arpa. – En otra ocasión nos hemos ocupado de las obras de este aprovechado artista. En esta nos complacemos en felicitarle por el triunfo obtenido en la Exposición de Berlín por el lienzo titulado *Interior de mi estudio*, por cuyo motivo nos limitaremos á consignar que, á pesar de su constante labor, no decaen sus cualidades artísticas, ya que cada nueva obra significa un progreso, revela un adelanto.

Una bacanal es una de las mejores composiciones de José Arpa, que evoca el recuerdo de las costumbres de la corrompida sociedad romana. El lienzo ha sido adquirido por un acaudalado argentino.

Actualmente hállase ocupado Arpa en terminar los techos que decoran el Casino Mercantil de Sevilla, su ciudad natal.



Entregábase á sus reflexiones arrellanado perezosamente en un sofá (pág. 123)

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

– ¡Bah! Yo no soy abogado como usted, y no entiendo de sutilezas.

– Ya lo veo; pues á no ser así, sabría usted que, sin más pruebas de las que tiene, podría ser procesado como calumniador.

– ¡Ah! ¿Y por qué no entabla demanda judicial la señorita Hierba?

– Porque sin duda espera que alguien le *suprima* á usted.

– Como el caballero Hathaway, por ejemplo.

– Tal vez.

– ¿Y si no lo consigue usted? En tal caso, no cerrará mi boca, sino la suya propia; y si lo consigue, ayudará usted á la dama á contraer matrimonio con el barón, que es peligroso rival. Veo que no es usted muy entendido en achaques de amor, caballero Hathaway.

– ¿Me permitirá usted recordarle, repuso Pablo, que aún no ha escrito á su hermana, y que tal vez deberá hacerlo detenidamente?

El mejicano se levantó bruscamente, y dirigiendo una mirada furibunda á su interlocutor, arrastró una silla hasta cerca de la mesa; mientras que Pablo dejaba en ella pluma, papel y tinta.

– No vaya usted de prisa, dijo, cruzándose de brazos y dirigiéndose hacia la ventana; extiéndase cuanto quiera, como si yo no estuviese aquí.

El mejicano comenzó á escribir furiosamente al principio, después más despacio, y al fin se detuvo.

– Le advierto á usted, caballero, dijo, que voy á revelarlo todo.

– Como usted guste, contestó Pablo.

– Y diré que si yo desaparezco, usted es mi asesino... ¿comprende usted bien?... mi *asesino*.

– Poco me importan los epítetos con que usted me califique. Por lo pronto, lo mejor será que concluya su carta.

D. César volvió á coger la pluma con maligna sonrisa; pero de repente llamaron á la puerta.

El mejicano saltó de su silla, cogiendo al punto sus papeles, y adelantóse como para abrir; pero Pablo se puso delante.

– ¿Quién es?, preguntó.

– Pendleton.

Al oir la voz del coronel, D. César retrocedió un paso; mientras que Pablo abría la puerta, dejando entrar á su antiguo amigo, y ya iba á cerrar de nuevo, cuando Pendleton le indicó con un ademán de súplica que no lo hiciera.

– No es necesario, amigo Hathaway, dijo con tranquilo acento. Todo lo sé; pero deseo hablar á solas con el señor Briones fuera de aquí.

– Dispénseme usted, coronel, repuso Pablo con firmeza; mi cuestión con este caballero se ha de ventilar antes, pues entre nosotros han mediado palabras que exigen una satisfacción, y con este motivo vamos á tomar el tren para ir á la frontera. Si usted quiere acompañarnos, le dejaré todo el tiempo que quiera para que hable con el señor y se entienda con él sobre el asunto de que se trate, con tal que no se refiera á la cuestión que media conmigo.

– Mi asunto, contestó el coronel, es puramente personal, y nada tiene que ver con la cuestión que se haya suscitado entre usted y D. César; pero es forzoso ventilarle ahora mismo, apenas salgamos de aquí.

Al pronunciar estas palabras, el coronel estaba pálido, y al expresarse con acento enérgico, su voz era algo temblorosa, como por efecto de la edad, cosa que Pablo había creído notar ya en su anterior entrevista con Pendleton. El mejicano debió observarlo también, y ya fuese porque veía en esto un indicio de su debilidad, ó porque tenía suficiente confianza en sí mismo, recobró al parecer toda su audacia.

– Oiré primero, dijo, lo que el coronel Pendleton tenga que decirme; pero estaré después á la disposición de usted, caballero Hathaway.

Pablo observó á los dos hombres silenciosamente y con expresión de asombro, pues el mejicano era quien fijaba en Pendleton una mirada provocativa; mientras que este último, atusándose el bigote con sus blancos y enflaquecidos dedos, esforzábase para evitarla. Entonces Pablo abrió la puerta é hizo ademán de salir.

– Dentro de cinco minutos, dijo lentamente, recalcando sus palabras, saldré de esta casa para ir á la estación, y esperaré allí la llegada del tren. Si ese caballero no se reune conmigo, comprenderé mejor lo que todo esto significa y adoptaré las medidas que tenga por conveniente.

– Y yo le digo, caballero Hathaway, replicó don César, acercándose al umbral de la puerta con aire arrogante, que usted hará lo que yo quiera... y hasta suplicará.

– ¡Cuidado con esa lengua, caballero!, gritó el coronel, poniendo la mano sobre el hombro de su interlocutor, ó ¡vive Dios!...

Pendleton se interrumpió, como si la cólera le so focase, impidiéndole hablar.

– Señores, añadió después de una pausa, todo esto es infantil. Hágame el favor de salir de aquí, D. César, que ya le sigo; y usted, amigo Hathaway, permítame decirle, como persona de más edad, cansada de presenciar cuestiones en el terreno del honor, que siento mucho que un joven legislador, un funcionario público descienda á exigir á otro hombre lo que muchos llaman, en su locura, una satisfacción. Yo le suplico que desista por lo pronto de su demanda respecto al Sr. Briones.

Así diciendo, salió con mesurado paso de la habitación; mientras Pablo le miraba atónito, pareciéndole que soñaba. ¿Era aquel hombre el coronel Pendleton, el terrible duelista acostumbrado á batirse por la más leve cuestión? ¿Estaría acobardado por su edad, ó procedía así para ocultar algún secreto propósito? Su repentina llegada inducía á creer que Hierba le había enviado después de referirle la escena ocurrida con el mejicano. ¿Intentaría acaso estrangular al hombre en alguna lejana habitación ó en la obscuridad del corredor?

Pablo se dirigió rápidamente al salón; desde allí pudo oir aún los pasos de los dos hombres, que un segundo después bajaban la escalera; la voz del portero, que daba las buenas noches, y el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse. ¡Ya estaban en la calle!

Fueran donde quisieran, y cualquiera que fuese su objeto, Pablo pensó que él debía ir al punto á la estación, puesto que lo había advertido así. En su consecuencia, puso algunas frioleras en su maleta y dispúsose á seguirlos; bajó rápidamente, y llegado al portal, dijo al portero que un asunto urgente le obligaba á marchar en el tren de las tres de la madrugada, pero que conservara su habitación hasta la vuelta. Después, recordando la carta de D. César, preguntó si alguno de los dos caballeros que acababan de salir, que eran sus amigos, había dejado una misiva ó mensaje.

– No, Excelencia, contestó el portero, esos señores hablaban al parecer con tono descompuesto y no me han dicho una palabra.

Tal vez esto recordó á Pablo, al cruzar la plaza, que no había tomado disposición alguna para el caso de que aquel lance tuviese para él un resultado fatal. Sin embargo, *ella* sabría ya lo ocurrido y su proceder; y pensó que Hierba se interesaba por él, en el mero hecho de haber enviado á Pendleton. Por otra parte, comprendió que se hallaba en cierta posición ridícula: en aquel momento se daba el caso absurdo de que su enemigo conferenciara confidencialmente con el coronel, á quien tenía por aliado y por cuyos intereses estaba á punto de arriesgar la vida.

Y al cruzar por las solitarias calles convencíase más y más de que iba á una cita á la cual no acudiría su contrario.

Llegó á la estación unos diez minutos antes de avistarse el tren; dos ó tres viajeros, muy tapados con sus abrigos, paseábanse ya por el andén, pero no vió á D. César ni tampoco al coronel Pendleton. Pablo recorrió las salas de espera, y hasta el restaurant, que estaba casi á obscuras, sin encontrar tampoco á nadie; y entonces, después de haber dicho al inspector que su marcha dependía de la llegada de uno ó dos amigos, cuyas señas dió para evitar equivocaciones, comenzó á pasearse, triste y meditabundo, por delante del despacho de billetes.

Así transcurrieron cinco minutos, sin que el número de pasajeros aumentase; pero á los diez, oyóse á lo lejos el silbido de la locomotora. El inspector preguntó á Pablo si habían llegado sus compañeros; después vióse brillar en la obscuridad como un globo de fuego; la prolongada línea de coches, semejante á una enorme serpiente, avanzó con vertiginosa rapidez y se detuvo luego; una voz gutural dió dos ó tres órdenes generales; oyóse el ruido de las portezuelas al abrirse y cerrarse; los conductores saltaron á los estribos; de la chimenea de la máquina salió una espesa columna de humo, y el tren prosiguió su majestuosa marcha.

D. César no comparecía; pero como era posible que hubiera ocurrido algún accidente ó contratiempo ó que el coronel llegase para dar una satisfacción, Pablo quiso aguardarse quince minutos más, y continuó su solitario paseo, mientras el jefe de estación volvía á su casilla.

Al cabo de cinco minutos se oyó otro silbido.

– ¡Ah!, exclamó Pablo dirigiéndose al jefe, ¿hay otro tren?

– No, contestó el funcionario, es el expreso para Basilea, que va por la otra línea y se detiene en la estación del Norte, distante media milla de aquí. No recoge pasajeros en este punto, pero lo verá usted pasar dentro de pocos instantes.

En efecto, de improviso vióse salir el tren de la obscuridad; resonó un prolongado silbido, oyóse el sordo estrépito de las ruedas, y la línea de coches pasó por delante de la estación; mas en el momento de cruzar, Pablo observó que en la ventanilla de uno de ellos se agitaba algo blanco, como una cortina suelta que, desprendiéndose al fin, flotó en el aire, como luchando contra su corriente, y cayó por último con suave lentitud en tierra.

El jefe, que lo había visto también, corrió á la línea para recoger el objeto, y después dirigióse á Pablo, fijando en él una benévola mirada.

– Es un pañuelo de señora, dijo, y sin duda le hacían á usted una señal, puesto que en el andén no hay otro viajero, ó tal vez pertenezca á sus amigos, que por error habrán tomado otro tren. Es una torpeza, pero está en lo posible.

Pablo, un poco pálido, pero disimulando su inquietud, contestó que tal vez fuese así; pero que antes de telegrafiar quería informarse.

Dicho esto, alejóse rápidamente, y llegó al hotel casi sin aliento, tanto que su precipitación no le dejó entregarse á sus reflexiones.

Al penetrar en el patio observó que había mucho movimiento, y que acababa de llegar un coche vacío.

– ¡Ah!, exclamó el portero, si hubiera comprendido á Su Excelencia mejor, le hubiera evitado tanta molestia. Sin duda debía marchar con la familia Argüelles, que había encargado también un coche para el mismo viaje urgente y que salió poco después de Su Excelencia.

Pablo subió presuroso á su habitación; las dos ventanas estaban abiertas, y á la débil luz de la luna llamóle la atención un objeto blanco prendido con un alfiler en su almohada.

Con nerviosa mano volvió á encender su bujía, y entonces vió que aquello era una carta, escrita de puño y letra de Hierba. Al abrirla cayó á sus pies la mitad de una flor; era un pensamiento de la planta que adornaba su balcón. Recogióle, y después de oprimirlo junto á sus labios, leyó con húmedos ojos lo siguiente:

«Ya debe usted saber ahora por qué le he hablado como lo hice, y por qué la mitad de la preciosa flor que en mi carta he dejado es el único recuerdo que quiero conservar de mis esperanzas perdidas. Nuestras relaciones no eran posibles, no por causa de usted, que puede estar orgulloso de sí y que es un hombre tan apreciable como sincero, sino porque la humillación de que soy víctima me impone el doloroso deber de no escucharle. No me juzgo digna de su atención. Gracias por todo lo que ha hecho en mi favor, por todo lo que se prometía hacer, amigo mío, y no me crea ingrata solamente porque no merezco sus bondades. Procure usted perdonarme; pero no me olvide, aunque haya de aborrecerme. Si lo supiera usted todo, tal vez amaría un poco aún á la pobre niña á quien dió el único nombre que de usted podía recibir.

»Hierba Buena.»

VII

Corría el otoño, y en la ciudad de Nueva York, un domingo por la mañana, la brisa barría las hojas desprendidas de los árboles plantados á lo largo de una línea de casas de cinco pisos, de monótono aspecto por su prosaica regularidad, que formaban el lado de una de las principales avenidas.

El pastor de la Tercera Iglesia Presbiteriana, cuyas torrecillas se elevaban en la extremidad de la calle, franqueó los diez ó doce escalones de una de dichas casas y tiró de la campanilla.

Un momento después abrióse la puerta, y el santo varón fué conducido á una elegante sala, con lujoso mobiliario, donde, sombrero en mano, esperó, al parecer con impaciencia, la llegada de la persona á quien deseaba ver, que era una de sus feligresas.

A los cinco minutos abrióse la puerta del salón, y dió paso á una dama de elevada estatura, de cabello blanco y vestida de negro; sus facciones tenían una singular expresión resuelta, y debían haber sido hermosas en otro tiempo; su busto erguido, así como su andar, no revelaban el peso de los años.

– Siento mucho, hermana Argalls, dijo el pastor, interrumpir sus meditaciones de la mañana, y ciertamente no lo haría si no fuese para cumplir con un deber de cristiano. La hermana Robbins no puede girar hoy su acostumbrada visita al hospital, y he pensado que si se la dispensaba á usted de la clase de religión, podría muy bien suplir á dicha hermana. Ya sé, amiga mía, que semejante servicio no es de su agrado, y que el lenguaje de ciertas personas ofende á su oído; pero no debe olvidar que en nuestras agradables relaciones religiosas siempre lo he tenido presente. A decir verdad, algunas veces he sentido que su difunto esposo no la hubiera familiarizado con las costumbres del mundo; pero en fin, todos tenemos nuestras debilidades, y cuando no es una cosa, es otra. Como hasta en los corazones cristianos penetra á veces la envidia y hay falta de caridad, yo quisiera que aprovechara usted la ocasión para dar ejemplo. Algunos creen, apreciable hermana Argalls, que la rica viuda que tan buen uso hace de los bienes que recibió de la Providencia no quiere molestarse en el cumplimiento de los deberes que la caridad impone, y ahora les demostraremos que son injustos.

– Estoy dispuesta á complacerle, contestó la dama con cierta sequedad; pero supongo que los pacientes á quien se ha de visitar no son personas de malos antecedentes.

– De ningún modo. Tal vez haya algunos; pero los más son desgraciados que dependen de la caridad pública ó de algunos amigos que quieren favorecerlos.

– Muy bien.

– Ya comprenderá usted, apreciable hermana Argalls, que si alguno rechaza los consuelos cristianos, usted misma juzgará si debe tener paciencia ó reprender con severidad.

– Ya comprendo.

– Varios de esos pacientes, añadió el pastor, pueden necesitar en realidad una amonestación severa, y yo temo que la hermana Robbins fuese demasiado débil.

Dicho esto, el buen pastor se despidió de su feligresa y salió de la casa restregándose las manos con aire satisfecho.

A las tres de la tarde, la señora Argalls, llevando pendiente del brazo una bolsita de seda adornada con azabaches, se presentó en la puerta del hospital de San Juan, y entregando su credencial, anunció que iba á sustituir á la hermana Robbins. Los empleados la recibieron con el mayor respeto, y dieron varias instrucciones á los dependientes, permitiéndose después algunos comentarios.

– Me parece, dijo uno de ellos á su compañero, que esa dama no tendrá el genio muy sufrido para los convalecientes.

– ¡Quién sabe! Lo que puedo asegurar es que da mucho dinero á los pobres; y según dicen, parece que es muy rica. Veremos cómo se las compone con ese viejo gruñón del número 3, que siempre está renegando.

La señora Argalls, sin embargo, no merecía aparentemente la menor crítica, pues á pesar de su aire altivo y de su aspecto severo, comenzó á visitar los enfermos uno por uno, dirigiendo á varios de ellos las frases más apropiadas y haciéndoles preguntas que revelaban hasta qué punto comprendía sus necesidades. Tampoco demostró la menor debilidad y repugnancia de que el pastor creyó susceptible á su feligresa. Los enfermos la escuchaban con marcado interés, ó con la satisfacción que produce un tónico que alivia, aunque sea amargo al principio.

De este modo, la hermana Argalls no tuvo dificultad alguna hasta que hubo llegado al último lecho de la sala.

Hallábase ocupado por un hombre de mísero aspecto, de largo bigote blanco y facciones que parecían enflaquecidas por la fiebre.

Al oir la voz de la hermana Argalls, el enfermo dió media vuelta en su lecho, incorporóse, apoyándose en su brazo, y miróla fijamente.

– ¡Cielos, Carolina Howard!, exclamó en voz baja.

A pesar de su altivez, la hermana Argalls se estremeció, y dirigiendo á su alrededor una rápida mirada, acercóse más al enfermo.

– ¡Pendleton!, murmuró á su vez. ¡En nombre de Dios! ¿Qué hace usted aquí?

– Morirme, ó por lo menos supongo que así sucederá más ó menos pronto, contestó el coronel con sarcástica sonrisa. Creo que aquí no se hace otra cosa.

– Pero... ¿quién le ha traído á usted aquí?, preguntó la hermana, bajando más aún la voz y mirando rápidamente á todas partes, como si temiera ser oída. ¿Qué le ha obligado á usted á venir aquí?

– ¡*Usted*, contestó el coronel dejándose caer desfallecido sobre la almohada, usted y su hija!

– No comprendo, repuso la hermana, fijando en el enfermo una mirada severa; usted sabe muy bien que yo *no* tengo hija alguna; que he cumplido la palabra que dí hace diez años, y que he estado tan muerta para ella como ella para mí.

– Lo que yo sé, replicó el coronel, es que he dado en estos últimos tres meses hasta el último cuarto de mi fortuna para mantener cerrada la boca de un bribón, el cual sabe que usted es la madre de Hierba y amenazaba revelarlo á todo el mundo. Lo que yo sé es que me estoy muriendo aquí de resultas de una herida que me infirieron cuando reduje al silencio

para siempre á otro sabueso que trató de ladrar á los dos años de haber desaparecido Carolina Howard. Lo que yo sé es que entre usted y ella he dejado á mi pobre negro morir de pesar, porque no podía permitirle sufrir conmigo; y lo que sé, en fin, es que aquí soy un pobre enfermo á quien se dispensa la caridad pública. Todo esto sé, Carolina, y al decirle que no lo siento, he cumplido la palabra que dí. Y ¡vive Dios!, la hija de usted vale la pena de hacer semejante sacrificio, pues no puede haber en el mundo criatura más hermosa ni de más puros sentimientos.

– ¡Y ella, una mujer rica, si no ha malgastado la fortuna que yo le dejé, consiente en que permanezca usted aquí!, exclamó la hermana con acento de enojo.

– No lo sabe.

– Pues *debía* saberlo. ¿Han reñido ustedes?, añadió, mirando fijamente al coronel.

– Desconfía de mí, porque sospecha en parte el secreto, y yo no he tenido valor para decírselo todo.

– ¡Todo! ¿Pues qué sabe ella ni tampoco ese hombre á quien usted ha dado su fortuna para cerrarle la boca? ¿Qué le han dicho?, preguntó la hermana Argalls rápidamente.

– Solamente sabe que no tiene derecho á llevar el nombre que ha tomado.

– ¿Que no tiene derecho á llevar el nombre de Hierba Buena? ¿Pues no se consignó en la escritura?

– No es ese; la joven creyó que era una equivocación y tomó el nombre de Argüelles.

– ¡Cómo!, exclamó la hermana Argalls, cogiendo con movimiento nervioso un brazo del paciente, pálida y con los labios descoloridos. ¿Qué nombre ha dicho usted?

– ¡Argüelles! Alguna amiga del convento la sugirió este nombre, y un tunante la indujo á tomarlo. Pero... ¿qué le pasa á usted, Carolina?

La hermana Argalls había soltado el brazo del coronel, y haciendo al parecer un esfuerzo, acababa de ponerse en pie. Con cierto aire de dignidad, como si el carácter espiritual de su visita excluyese toda intrusión mundana, ajustó el biombo que había alrededor del lecho, como para evitar alguna mirada indiscreta, y volvió á sentarse, murmurando con el acento cariñoso de otro tiempo, cual si se sintiera aliviada del peso de los diez años transcurridos:

– Enrique, ¿está usted burlándose de mí?

– ¡No comprendo!, replicó el coronel con expresión de asombro.

– ¿Quiere usted decir que no lo sabe y que no se lo dijo usted mismo?, preguntó la hermana Argalls con acento breve.

– ¿Qué había de decirle?, repitió el coronel con impaciencia.

– Que Argüelles *era* su padre.

– ¡Su padre!, exclamó el coronel, esforzándose para incorporarse otra vez en el lecho.

Pero la hermana le sujetó con fuerza, obligándole á permanecer tranquilo.

– ¡José Argüelles su padre! ¡Gran Dios! ¿Está usted segura de lo que dice?

La hermana Argalls contaba maquinalmente las cuentas de azabache de su bolsita, como absorta en sus pensamientos, y al fin murmuró:

– ¡Sí!

El coronel la miraba estupefacto y silencioso.

– Tal vez, dijo al fin, habrá sido un instinto de la niña ó un diabólico capricho de D. César; pero sea verdad ó no, Hierba no tiene derecho á ese nombre.

– Pues yo le digo á usted que *lo tiene*.

Al decir esto, la hermana se puso en pie y cruzóse de brazos, en tal actitud, que cuantos la hubieran visto desde lejos habrían creído que exhortaba religiosamente al enfermo.

– Sabrá usted, dijo con voz lenta y recalcando sus palabras, que yo encontré á José Argüelles por segunda vez en Nueva Orleans ocho años hace. Aún era rico, pero su salud se había quebrantado mucho por su disipación y su vida desarreglada. Yo estaba cansada ya de mi soledad; propúsome casarse conmigo para legitimar nuestra niña, y fué preciso decirle lo que había hecho con ella, advirtiéndole que nada se podía alterar hasta que fuese mayor de edad. Argüelles consintió en ello, y nos casamos; pero murió al cabo de un año, dejándome todos los documentos y autorización necesaria para reclamar la niña cuando lo juzgase oportuno.

– ¿Y usted?..., interrumpió el coronel con ansiedad.

– *Yo no lo creo conveniente*... Escuche usted, añadió, teniendo ya la niña un nombre legítimo y una fortuna é ignorando mi existencia, no veía necesidad de resucitar el pasado y verme obligada en cierto modo á dar explicaciones que me serían dolorosas, y en su consecuencia resolví vivir en adelante solitaria y como viuda. En la pequeña ciudad de Nueva Inglaterra, donde me detuve, las personas con quienes trabé relaciones de amistad dieron en reducir mi apellido, y me llamaban la señora Argalls, y lo dejé así porque me pareció bien. Después vine á Nueva York y me puse al servicio de la Iglesia; de modo que ahora soy la hermana Argalls.

– Pero ¿puede usted tener inconveniente alguno en que Hierba sepa que vive y en dejarla llevar el nombre de su padre?, preguntó el coronel con expresión inquieta.

La hermana miró un instante al enfermo, sin contestar y con los labios oprimidos.

– Sí, murmuró después de una pausa, lo tendría, porque he dado al olvido mi pasado con todas sus consecuencias, y no quiero evocar recuerdo alguno.

– Pero si supiera usted, replicó el coronel, que Hierba es tan orgullosa como usted misma, y que la incertidumbre acerca de su apellido y parentesco, aunque no haya sabido nunca toda la verdad, la impiden tomar el nombre de un hombre á quien ama y que la solicita por esposa, ¿qué haría usted?

– ¿Un hombre á quien ama?

– Sí, uno de los firmantes de la escritura, el joven Hathaway.

– ¿Pablo Hathaway?... ¡Pero si él lo sabe!

– Sí, pero *ella* ignora el hecho, y Pablo ha sabido guardar el secreto fielmente, aun después de recibir la negativa de Hierba.

La hermana Argalls permaneció silenciosa un momento.

– ¡Pues bien, dijo al fin, así sea! Consiento en ello.

– ¿Y le escribirá usted?, preguntó el coronel con ansiedad.

– No, pero usted puede hacerlo, y yo le facilitaré todas las pruebas y documentos necesarios para legitimar su nombre.

– ¡Ah, gracias!

Y ofreció su mano con tal expresión de agradecimiento infantil, que la de la hermana Argalls tembló en la suya y de sus ojos se desprendió una lágrima.

– Pronto volveré á verle á usted, dijo.

– Aquí estaré, contestó el enfermo con expresión de amargura.

– Creo que no, replicó la hermana.

Y al decir esto, una triste sonrisa entreabrió por primera vez sus labios.

Al salir de la sala, la hermana Argalls fué á ver al médico de la casa.

– ¿Cuánto tiempo cree usted que necesita el paciente del número 3, preguntó, para trasladarle con seguridad á una casa particular?

– ¿Es muy lejos?

– Aquí tiene usted las señas, contestó la hermana, entregando su tarjeta.

– ¡Ah! Tal vez dentro de una semana.

– ¿No podría ser antes?

– Tal vez sí, á menos de que se sigan complicaciones, pues el paciente está muy quebrantado, aunque es muy nervioso y tiene mucha fuerza de voluntad.

– Así lo creo, y por lo mismo convendrá vigilarle y atenderle con solicitud. Cuando se le pueda trasladar, enviaré mi propio carruaje y mi médico para que éste se encargue de la conducción. Mientras, quisiera que no le faltase nada, tanto más, cuanto que molesta poco. Ahora no me ha pedido más que papel, plumas y tinta. ¡Adiós!

VIII

Cuando el carruaje de la señora Argalls rodaba por la Quinta Avenida, cruzóse con otro, cargado de equipajes, que se dirigía sin duda á un hotel. El distraído viajero que ocupaba el interior era Pablo Hathaway, que había vuelto de Europa aquella misma mañana.

Al entrar en el hotel, Pablo pidió el registro de viajeros y comenzó á hojearle con la misma paciencia que había demostrado durante las seis últimas semanas en esta ocupación preliminar á su llegada á los principales hoteles europeos, aunque siempre sin esperanza de encontrar lo que buscaba.

Había perdido todo vestigio de Hierba, del coronel Pendleton, de Matilde y de D. César desde el día de su marcha. Hubiérase dicho que todos se habían separado en Basilea, desapareciendo por los cuatro puntos cardinales.

Después de pasar algunos días en Londres para arreglar cierto asunto, resolvió ir á Nueva York y detenerse allí algunos días antes de ir á San Francisco.

Los diarios habían comprendido ya su nombre en la lista de los pasajeros llegados en la mañana de aquel día, y tal vez *ella* lo viera, aunque durante el viaje habíale acosado el presentimiento de que Hierba se hallaba todavía en Europa, retirada en alguna obscura capital de provincia con el viejo coronel, ó bien que habría entrado en un convento, si no se había unido, en su desesperación, con algún noble arruinado.

Por esta mezquina duda, su viaje de recreo parecíale á veces un cruel abandono, mientras que en otros momentos persuadíase de que los amigos californianos de Matilde podrían darle algún indicio sobre el paradero de su amada, y esta idea le inspiraba el más vivo deseo de apresurar su viaje á San Francisco.

Después de la escena ocurrida en el Bad Hoff, no era de presumir que Hierba hubiese tolerado ni un instante la compañía de D. César; pero Pablo no tenía confianza en la actitud del coronel respecto al mejicano. En cuanto á Hierba, aunque su carta no debía infundirle la menor esperanza para el porvenir, consolábale la confesión que de sus sentimientos hizo en ella antes de marchar.

Dos días transcurrieron, durante los cuales Pablo recorrió inútilmente la ciudad de Nueva York. Dentro de otros dos saldría el vapor de Panamá; pero no quiso tomar desde luego su pasaje, porque aún vacilaba. Visitó las oficinas de las diversas empresas de vapores europeos, examinando las listas de los viajeros que llegaban, pero sin encontrar lo que apetecía. Hubo un momento en que perdió del todo la esperanza al pensar que después de la revelación de Briones era muy posible que Hierba hubiese dejado el nombre de Argüelles para tomar otro, y hasta podía suceder que se hallase en Nueva York sin que él lo supiera.

En la mañana del tercer día encontró entre sus cartas una que llevaba el sello de una conocida posesión de los arrabales, perteneciente á un rico propietario de las inmediaciones del río Hudson: era de Matilde Woods, la cual le decía que su padre había tenido conocimiento de su llegada por los diarios y le rogaba fuese á comer y pasar la noche en la Casa de la Roca, si aún le interesaba algo la suerte de sus antiguos amigos.

«Por supuesto, decía Matilde en una posdata, si esto le molesta á usted, no le esperaremos»

Al leer esta misiva, los ojos de Pablo se animaron, y sin saber por qué, parecíale que su corazón se aliviaba. Acto continuo telegrafió, diciendo que aceptaba, y aquella misma tarde, á la hora de ponerse el sol, apeóse del tren en una pequeña estación solitaria inmediata al bosque, tan singularmente rústica y pintoresca, con sus paredes cubiertas de enredaderas de Virginia, que más bien parecía propia de una decoración teatral.

El faetón del Sr. Woods esperaba ya la llegada del viajero; pero Pablo entregó su maleta al cochero, y después de preguntar por dónde se iba á la casa y si estaba muy lejos, dijo que prefería ir á pie.

Pablo se hallaba poseído en aquel momento de una excitación inexplicable; presentía, sin saber por qué, alguna novedad, y no sabía si desearla ó temerla, aunque reconociendo que era inevitable.

El recuerdo de Hierba no se apartaba de su memoria y parecíale que aquella visita á la familia de Woods había de decidir de su suerte en lo futuro.

Sin embargo, pronto se distrajo de esta idea para admirar la majestad del paisaje, aspirando el aire fresco de octubre.

Era una magnífica y brillante puesta del sol, que se armonizaba con el opulento bosque, cuya rica y exuberante vegetación deleitaba la vista. El horizonte enrojecido comenzaba á presentar dorados tintes, y hubiérase dicho que los últimos rayos del astro del día, reflejándose en un promontorio cubierto de lustroso zumaque amarillento, le comunicaban este color. Visto á través de un claro del bosque, el sol parecía á veces rodeado de una aureola de oro, y tan luminoso era el brillo de las hojas, que casi deslumbraba la vista. Pablo podía contemplar al mismo tiempo la majestuosa corriente, que parecía bañar las tierras de la opuesta orilla, iluminadas en aquel instante también por los últimos resplandores del astro del día.

Un obscuro sendero cruzaba el camino en dirección á la casa, que en parte se divisaba hacía algunos momentos semejante á una delicada viñeta circuída de arces y plátanos que flotara sobre la líquida superficie del río. Pablo vaciló al ver que la senda se ramificaba en dos, no sabiendo cuál debería tomar, cuando de pronto oyó unos pasos ligeros sobre las hojas caídas; detúvose de repente, y vió salir de entre la espesura una mujer encantadora, que hubiera podido tomar por una hada del bosque.

¡Era Hierba!

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA NIÑA «ELÉCTRICA» Y LAS LEYES DEL EQUILIBRIO

«La electricidad es un agente misterioso; luego todo lo que es misterioso es eléctrico.» Tal es la lógica de las masas, dice con razón M. Nelson W. Perry en un artículo donde expone los procedimientos, bastante primitivos, empleados en una exhibición, hecha recientemente en Londres y en París, de una niña *magnética* ó *eléctrica* que posee, al decir del que la presenta, una fuerza sobrenatural inexplicable y desconocida, cuando se trata simplemente de aplicaciones de principios elementales de las leyes de la mecánica en lo referente al equilibrio.

Esta lógica de las masas ha dado ya origen á las correas eléctricas, á los cepillos eléctricos para el pelo y para los dientes, al trípol eléctrico y hasta á las encuadernaciones eléctricas: á esta lógica responde la del sabio casi en la misma forma: «Todas las vacas tienen cola – dice M. Perry; – pero no todos los animales que tienen cola son vacas.» La conclusión de ello es que la llamada niña eléctrica no tiene de tal más que el nombre, y si los ejercicios que realiza producen admiración en una determinada parte del público, débese á que éste no está, á cierta distancia, en condiciones de observar los artificios de que aquélla se sirve en cada experimento y de encontrar la explicación natural de los mismos en las leyes conocidas de la mecánica.

En el presente artículo nos proponemos indicar alguno de estos artificios y explicar varios de estos experimentos, utilizando para ello los datos facilitados por M. Nelson Perry y los que deducimos de nuestras personales observaciones.



Fig. 1. Ejercicios de la niña eléctrica

Los ejercicios del género de los que nos ocupan comenzaron en 1883: diólos á conocer Lulu Hurst, de Georgia, y merecieron los elogios del profesor Simón Newcomb en la *Science* de 6 de febrero de 1885. El éxito de tales ejercicios, en aquel entonces inexplicables, fué prodigioso, y Lulu Hurst no tardó en encontrar numerosas imitadoras, siendo las más recientes – y según creemos las primeras que se dieron á conocer en Europa – miss Abbot, de Londres, y miss Abbet, de París, las cuales ejecutan los mismos experimentos, considerablemente variados y perfeccionados, que Lulu Hurst, la iniciadora de este espectáculo: todos ellos tienden á un mismo objetivo, cual es hacer creer en la existencia de una fuerza sobrenatural é incomprensible, magnética ó eléctrica, poniendo en lucha ó en oposición, en condiciones *aparentemente* iguales ó equivalentes, á hombres robustos y aun atletas con una niña endeble y delicada que triunfa de ellos en todos sus ejercicios.

Consiste uno de éstos en hacer que dos ó más hombres sostengan horizontalmente un palo ó un taco de billar con los brazos levantados encima de la cabeza, como lo indica la figura 1: así colocados, la niña, empujando simplemente el palo con una sola mano, hace retroceder á dichos hombres que, en equilibrio instable y merced á la acción oblicua de la presión ejercida, se ven obligados á retirarse á fin de no caer de espaldas.

Este experimento es sobrado elemental é infantil para que sea necesario insistir en él. Para dar mayor verosimilitud y unidad de tamaño á los personajes, el dibujante de nuestro grabado ha supuesto á la niña eléctrica montada en un estrado para este primer ejercicio: cuando la *artista* es una joven de regular estatura, el estrado es innecesario porque aquélla puede fácilmente llegar con la mano al bastón, sólo con levantar el brazo y ponerse de puntillas.

He aquí un segundo experimento más complexo y á primera vista de menos fácil explicación.

Dos hombres (fig. 2) cogen un bastón sólido, de 1'20 metros de longitud aproximadamente y lo sostienen con fuerza en una posición vertical: la niña aplica entonces su mano *abierta* sobre el extremo inferior del palo, en la posición que el grabado indica, é invita á aquéllos á que hagan deslizar verticalmente el palo en su mano, cosa que, á pesar de grandes esfuerzos, no logran realizar.

La explicación que M. Nelson Perry da de este experimento es la siguiente: los dos sujetos se colocan paralelamente el uno al otro y de lado, y la niña, enfrente de ellos, coloca sobre el palo la palma de su mano vuelta hacia ella y procurando ponerla lo más lejos posible de las de los dos individuos para formarse una especie de brazo de palanca, conseguido lo cual comienza á deslizar su mano á lo largo del palo, ligeramente en un principio y luego con presión creciente, como si quisiese acomodarla mejor y asegurarse el contacto entre la misma y el palo, gracias á lo que desvía éste de su perpendicular. Entonces invita á los dos hombres á que lo mantengan en posición vertical, lo que verifican en condiciones muy desventajosas, dadas las diferencias de longitud de los brazos de la palanca. El esfuerzo ejercido por la niña es muy débil, porque de una parte tiene en su ventaja el brazo de palanca y de otra la acción sobre su brazo es una simple tracción; cuando siente que la presión es bastante fuerte, suplica á los que con ella verifican el experimento que hagan un esfuerzo vertical tan grande como puedan para hacer descender el palo, y al hacerlo así creen ejercer una fuerza *vertical* considerable, cuando en realidad sus esfuerzos son verticales y tienden á mantener el palo en la posición vertical para reaccionar contra la presión ejercida en la parte inferior del mismo. Hay evidentemente una componente vertical que tiende á hacer descender el palo, pero la presión lateral produce entre la mano y éste un roce suficiente para soportar esta fuerza vertical sin dificultad. M. Perry ha practicado el experimento colocándose en una báscula y representando el papel de la niña con dos hombres robustos por adversarios: todos los esfuerzos hechos por éstos para hacer deslizar el palo en la mano abierta han resultado inútiles, y el exceso de peso debido á la fuerza vertical ha sido siempre inferior á 12 kilogramos, á pesar de los esfuerzos sinceros y poderosos de dos hombres que, sin saberlo, los ejercían en una dirección *horizontal*.

En el experimento representado en la figura 3, muy parecido al de la figura 1, los dos individuos han de aguantar el palo rígido é inmóvil, pero basta la menor presión en el extremo de éste para hacer cambiar de sitio el cuerpo y el brazo del sujeto: esta presión se ejerce al principio ligeramente, aumentando gradualmente los esfuerzos, y cuando la fuerza ejercida horizontalmente ha alcanzado su máximo y los hombres ejercen sus esfuerzos en una dirección contraria para resistir á aquéllos, la niña repentinamente y *sin avisar* interrumpe esta fuerza y la ejerce *en sentido inverso.* No preparadas para este cambio, las víctimas pierden el equilibrio y se encuentran á la merced de la niña, tanto más fácilmente cuanto más vigorosos son sus esfuerzos. Este experimento obtiene mejor resultado con tres hombres que con dos ó con uno solo.

En el experimento de la figura 4, en el que se trata de levantar fácilmente y sin esfuerzo á un hombre de buen peso, el artificio no es menos sencillo. De cien personas sometidas á este experimento, noventa y nueve, sabiendo que el experimentador trata de levantarlos y hacerlos caer hacia adelante, se cogen al asiento ó á los brazos del sillón, y al esforzarse por resistir apoyan todo el peso de su cuerpo en los pies, y si no lo hacen desde luego, hácenlo cuando comprenden los esfuerzos hechos por la niña para levantarlos, con lo cual inconscientemente la ayudan. El experimentador no tiene, pues, necesidad de ejercer más que un empuje horizontal, sin levantar la silla para nada, y este empuje se imprime fácilmente tomando las rodillas por puntos de apoyo de los codos. En cuanto se produce un movimiento, por pequeño que sea, se ha conseguido lo más difícil, pues basta que el experimentador cese en su esfuerzo para que la silla caiga de nuevo ó reciba un movimiento lateral de uno á otro lado: en estos casos queda destruído el equilibrio, y con muy poca habilidad y sin emplear gran energía se logra, antes de que el equilibrio se restablezca, hacer mover al sujeto en todas direcciones. El experimento no es más difícil aun cuando se coloquen dos ó tres hombres sentados el uno en las rodillas del otro, como representa la figura 4, pues en este último caso el tercero hace las veces de verdadero contrapeso al primero y el sistema se parece mucho á un aparato de equilibrio instable cuyo centro de gravedad es muy elevado y por ende tanto más fácil de mover.



Fig. 2. Ejercicios de la niña eléctrica

Todos estos experimentos exigen cierta habilidad y práctica, pero no ofrecen dificultad alguna y no merecen los artículos ditirámbicos que han conquistado una reputación europea á la niña *eléctrica* ó *magnética*.

Dr. Z.

* * *

COLORACIÓN ARTIFICIAL DE LAS FLORES

En París están actualmente de moda las flores, sobre todo los claveles, de un color verde especial que se obtiene artificialmente por los medios que vamos á indicar. Pero antes recordaremos que puede darse á las violetas un color blanco exponiéndolas á los vapores del azufre: el ácido sulfuroso formado por la combustión de éste, descolora las violetas, las rosas, las vincas pervincas y la mayoría de las flores de colores vivos. En 1875 M. Filhol dió á conocer un método para la coloración verde de las flores, bastando para ello sumergirlas en una solución de éter sulfúrico adicionada con la décima parte de su volumen de amoníaco.

Las flores, así tratadas, sin embargo, se marchitaban en seguida, lo que no sucede con los actuales claveles verdes, que se coloran por el tallo haciendo ascender por la capilaridad en los vasos los colores de anilina solubles en el agua. Se echa en ésta un poco de verde de anilina conocido en el comercio



Fig. 3. Ejercicios de la niña eléctrica

con el nombre de *verde malaquita*, se sumergen en el baño de la tintura así formada los tallos de los claveles, cuidando de hacer en ellos algunas incisiones que facilitan la penetración del líquido, y al cabo de doce horas los pétalos blancos de la flor toman un tinte verdusco y á las cuarenta y ocho horas la flor es completamente verde. Esta coloración es mucho más rápida con las lilas blancas, que toman aquel color en el espacio de una noche.

Este procedimiento, muy interesante desde el punto de vista científico, ha sido descubierto casualmente: una florista que confeccionaba flores artificiales tenía sobre la chimenea un ramo de claveles blancos naturales, y distraídamente echó en el agua en donde se bañaban un poco del color verde de anilina, que le servía en su fabricación para teñir las corolas. Al día siguiente observó con sorpresa que los pétalos de los claveles naturales ostentaban algunas manchitas verdes.

M. C. Girard ha explicado el modo de obtener los claveles verdes, y hoy se coloran también por el mismo procedimiento las lilas y los narcisos, y pueden obtenerse flores azules y rosas de bellísimo aspecto: en este sentido he verificado curiosos experimentos.

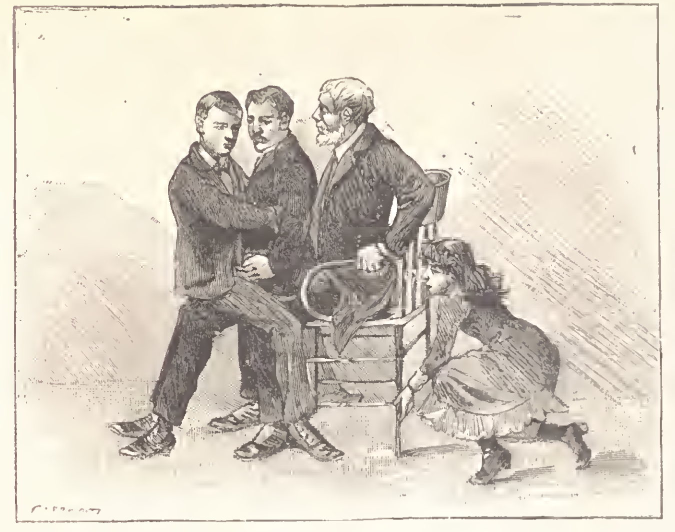


Fig. 4. Ejercicios de la niña eléctrica.

Un tallo de lila blanca sumergido por espacio de doce horas en una disolución acuosa de eosina toma un hermoso matiz rosa pálido, y lo mismo sucede con los jacintos y los narcisos. Con una solución acuosa de azul de metilena he conseguido lilas azules. Cuando la flor está teñida se la retira de su baño de tintura, se lava su tallo y se la conserva en agua. El verde malaquita es el color de anilina que da mejores resultados y tiñe las flores blancas y las de color: así los junquillos amarillos se vuelven amarillo-verduscos, y las anémonas violetas, azules.

Quizás inyectando estas tinturas en las mismas plantas se colorarían las flores antes de arrancarlas. De todos modos, este asunto se presta á interesantes investigaciones.

GASTON TISSANDIER

(De *La Nature*)



BACANAL, cuadro de D. José Arpa

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN